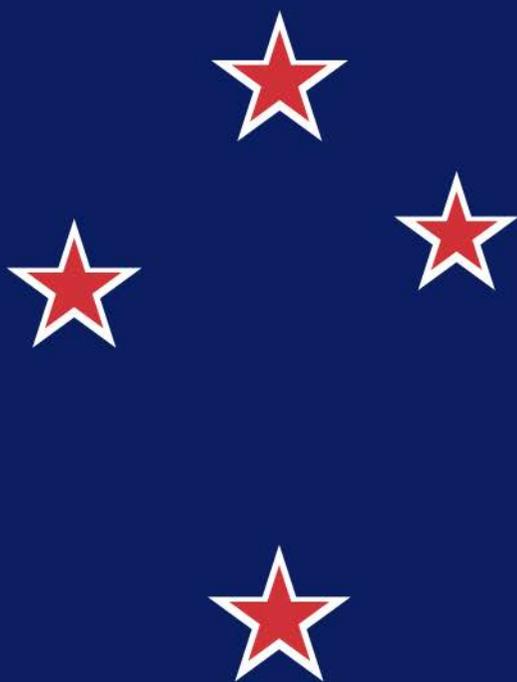


ISLA AL SÍ

Antología de poesía neozelandesa

ROGELIO GUEDEA

ANTOLOGADOR

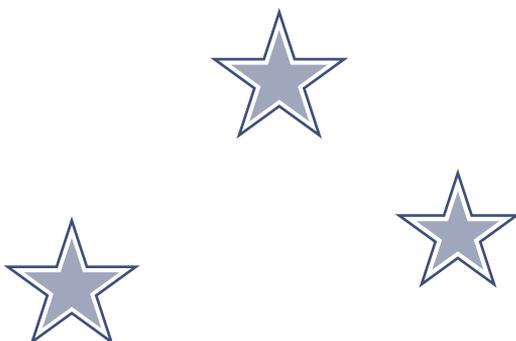


ISLA AL SÍ | Antología de poesía neozelandesa



ISLA AL SÍ

Antología de poesía neozelandesa



ROGELIO GUEDEA
ANTOLOGADOR



SECRETARÍA DE CULTURA

2019



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Aurora González Ledezma, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Isla al sí. Antología de poesía neozelandesa

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Rogelio Guedea Noriega, antologador

ISBN: 978-607-490-241-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/12/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Prólogo

Para la tradición poética en lengua española, la poesía neozelandesa es prácticamente desconocida. Salvo una autora como Katherine Mansfield, quien alcanzó fama mundial más como narradora que como poeta, la lírica de esta isla ubicada en las antípodas y vecina de la Antártida es una tierra ignota. Pero no es ésta la sola razón por la cual una muestra como ésta debe existir en nuestra literatura, sino, principalmente, por la calidad de la poesía de esa latitud y su importancia para, incluso, poder entender las formas escriturales que han seguido la poesía inglesa, por un lado y en primer término, y la norteamericana, por el otro, pues ésta ha sido también de gran influencia para la evolución de la neozelandesa.

Para empezar, es necesario decir que el territorio neozelandés (las dos islas que lo conforman: la Norte y la Sur) fue habitado por pueblos originarios de ascendencia maorí, tribus indígenas muy similares en costumbres y hábitos a las latinoamericanas y que fueron conquistadas por los ingleses en el siglo XIX, luego de haber librado una enorme lucha de resistencia, primero; después por su liberación e independencia, y ahora por el respeto a su cultura y derechos ciudadanos. La tradición maorí, la cual también ha contado y cuenta con grandes poetas, se unió a los conquistadores ingleses y de dicha alianza surgió una historia singular, parecida a la que se dio entre la sociedad precolombina y la española, aunque no tan sangrienta ni destructiva.

Teniendo en cuenta esta génesis colonial, bien podríamos decir que la historia de la poesía neozelandesa sigue el mismo patrón que el de su cronología política, cultural y social, de forma que podríamos englobarla (para su mejor entendimiento) en cinco grandes periodos: el primero sería el de la búsqueda de su nueva identidad (la llegada a una nueva tierra, el encuentro con una civilización totalmente diferente en costumbres y valores humanos, etcétera); el segundo, de reafirmación (muy nacionalista y, por extensión, cercana a la raíz cultural inglesa, con toda la influencia que la poesía de ese país traería consigo misma); el tercero, que reacciona a este nacionalismo; el cuarto, de búsqueda de una nueva identidad poética (y es aquí donde se nota el importante influjo de la poesía norteamericana, especialmente el de la *Beat generation*), y el quinto (de los más jóvenes), en el cual se funden las dos mayores influencias de su poesía (la inglesa y norteamericana) con toda la tradición de la maorí y la universal y dan origen a una lírica cosmopolita, abierta, difícilmente ceñida a una identidad determinada, aunque sus rasgos esenciales sigan presentes.

Estos periodos o corrientes se pueden distinguir claramente –si se les observa cronológicamente– en las obras de los creadores aquí compilados. Al primero corresponderían las de Mary Úrsula Bethell y Katherine Mansfield: en ambas es notoria la búsqueda y la preocupación por reafirmar una nueva identidad en un territorio extranjero y por describir la “nueva tierra” que estaban descubriendo; al segundo lo integran Allen Curnow (el más importante), pero también Fairburn, Glover y R. A. K. Mason, quienes se opusieron a la idea de vivir pendientes de las importaciones culturales inglesas y, en cambio, intentaron una suerte de nacionalismo poético que ya reafirmara a Nueva Zelanda como su “casa” y no a Inglaterra, aunque la influencia de Auden, T. S. Eliot y Ezra Pound, entre otros, seguía siendo evidente.

En el tercero se inscribirían los que reaccionaron a esa tendencia “nacionalista”, algunos conocidos como el Grupo Wellington, entre ellos se encontraban James K. Baxter, Louis Johnson, Alistair Campbell, etcétera. Pero también se puede decir que una postura similar

provino de autores radicados en otras regiones de la geografía neozelandesa, como Hone Tuwhare, Lauris Edmond, Janet Frame, C. K. Stead, Vincent O'Sullivan y Fleur Adcock, para quienes la poesía inglesa sigue teniendo una gran presencia, pero ya su estilo se desmarca de la tendencia nacionalista impulsada por la generación anterior.

En el cuarto se inscribirían varios de los escritores incluidos en la antología *The young New Zealand poets* (*Nuevos poetas neozelandeses*). De hecho, así se les conoció: *The young New Zealand poets*. A éste lo integran Michael Jackson, Peter Olds, Bill Manhire, Ian Wedde, Sam Hunt, por nombrar a los más visibles. Éstos se alejaron en cierto modo de la generación anterior y tuvieron como figuras tutelares a muchos literatos norteamericanos de la *Beat generation*. El propio Ian Wedde, en el prólogo a la poesía de Peter Olds, escribe:

Había empezado a suceder antes en revistas tales como *Big Table*, de la cual Carroll editó cuatro números de 1959-1960, donde una transición pareció empezar de Burroughs y Kerouac (número 1) hacia Denise Levertov, Robert Creeley, Barbara Guest, John Ashbery, y LeRoi Jones, como Amiri Baraka era entonces conocido. Esta variedad de poetas, cuyos primeros libros yo y otros buscamos obsesivamente...

En el quinto y último se encontrarían David Howard, Jenny Bornholdt, Glenn Colquhoun, James Brown, Tusiata Avia y Richard Reeve, el más joven, a quienes ya no se les puede unir a una vertiente específica por haber aglutinado todo el legado de las etapas anteriores (en especial el de las dos previas) a fin de poder entregar una poesía con cruces líricos totalmente heterogéneos.

No se puede encorsetar, por supuesto, a ninguno de ellos en uno de estos periodos, porque cada cual muestra una singularidad muy específica y de difícil categorización. Resaltan, sin duda, el maorí Hone Tuwhare, por ejemplo, cuya expresión es a la vez sentimental y renovadora, vital y afectiva, o James K. Baxter, artífice de una obra

a un tiempo íntima y universal que dista mucho de la escrita por sus coetáneos. El mismo Baxter intentó crear una propia tradición con su poesía, siempre mística y enigmática. El caso de Peter Olds y Glenn Colquhoun es igualmente peculiar, ambos han logrado crear una voz no reproducible en otras latitudes líricas neozelandesas. Olds, sin duda influido por la *Beat generation*, en especial por Jack Kerouac, ha trascendido con un canto de sesgo autobiográfico a la vez intenso y confesional. Colquhoun, por su parte, ha permeado su composición personal de una ironía sutilísima que le da un aire de espontaneidad, sentido lúdico y proximidad.

Hay, sin duda, ejes temáticos comunes que caracterizan a todos los creadores aquí incluidos: el más sobresaliente de ellos es el paisaje. Ninguno ha sido indiferente a la geografía neozelandesa, pródiga en mar, montañas, aves, árboles, cielos azulísimos, ríos, lagunas, lagos, pastizales y vientos raudos. Cada uno, por más ciudadano que sea, tiene un filón bucólico, y de eso van dejando constancia a lo largo de su obra. Asimismo, resalta una necesidad por pensar o reflexionar durante la escritura que, en cambio, por *sentimentalizar*. No es sólo una fiesta de los sentidos, donde destaque la serialización metafórica o imaginística, sino donde se patentiza (indirecta o directamente, de forma deliberada u oculta) una conclusión del pensar, una reflexión o concepto que engloba el sentimiento que se quiere transmitir. Quizá los más líricos sean Hone Tuwhare, James K. Baxter, el propio Peter Olds, Sam Hunt, Tusiata Avia; los más cerebrales, Mary Úrsula Bethell, Katherine Mansfield, Michael Jackson, Ian Wedde, Vincent O'Sullivan. Los más paisajistas, Brian Turner y el mismo James K. Baxter. Los más lúdicos, James Brown y Glenn Colquhoun. Estos rasgos, hay que dejarlo bien claro, no definen su trabajo, pero sí sobresalen al enmarcar las líneas generales de toda su estética. En unos hay contención del pulso escritural, mientras en otros, arrojo. Esto es: unos son más modernistas (en el sentido estricto del término) y los otros más románticos. En unos el yo está alejado de sus propios planos versales, mientras que en los otros hay un yo implicado que canta (o bien irónica o desgarradamente) sus emociones y sentimientos.

En cualquiera de los casos, este tipo de taxonomías estéticas sobran cuando un lector (especializado o no en el género) se enfrenta a un poema y se siente absorbido por él o, en su defecto, expulsado de sus propias lindes.

Esta primera antología de poesía neozelandesa intenta abarcar dos siglos de producción lírica, prácticamente desde sus primeras manifestaciones (a finales del siglo XIX) hasta las más recientes. La selección se hizo con base en una lectura acuciosa de la tradición, pero también a partir de las noticias dadas por poetas importantes de la región, con quienes tuve el privilegio de conversar, como Vincent O'Sullivan (laureado en Nueva Zelanda), Roger Hickin (también el más importante editor de poesía latinoamericana en ese país), Richard Reeve, poeta de mi generación, David Howard y Michael Harlow, generosos y siempre dispuestos a promover la poesía neozelandesa en el extranjero y a introducir nuevas voces de otras naciones al interior de Nueva Zelanda. La elección fue mía y en ella intenté reflejar los aspectos más sobresalientes de las prosodias actuales: donde se reflejara la búsqueda de identidad, donde prevaleciera la evocación del paisaje, versos cargados de un lirismo inusitado, donde la ironía jugaba un papel preponderante, reflexivos o inevitablemente emocionales, todo con el fin de mostrar esta variedad y diversidad de temáticas y estilos que definen la poesía de este país. No están aquí todos, pero sí se encuentran sin duda los más representativos por consenso crítico y gusto lectivo.

Termino con un desliz sentimental: esta primera antología (y digo primera porque vendrán de mi parte más trabajos de este tipo) fue producto de los once años que viví en Nueva Zelanda, donde trabajé como académico de la Universidad de Otago. En ese país no sólo adquirí carta de residencia sino también de nacionalidad. Gracias a ello ahora me siento parte de él. Por tanto, la publicación de este libro es una constancia de mi amor por esta isla de fascinantes poetas y paisajes.

R. G.

Isla al sí

Mary Úrsula Bethell

(1874-1945)

Nació en Inglaterra y se mudó aún niña a Nueva Zelanda. Regresó a Londres como adulta, pero se instaló finalmente en Christchurch. Vincent O'Sullivan la define como “la más firme y tradicionalmente cristiana de las poetas neozelandesas, su preocupación por el tiempo y el mundo natural tal vez le deban más a aspectos religiosos que a los románticos”. Sus *Collected poems* fueron publicados póstumamente en 1950, e incluyó la secuencia intensamente personal de “Memorial poems” para su amigo e íntimo compañero Effie Pollen.

Recompensa

Bajé a la frívola ciudad para hacer algunas transacciones.
En el tranvía los pasajeros discutían sin sentido;
en las tiendas muy caras las mercancías;
en el banco muy poco dinero;
en las largas calles demasiado calor.
Pero en la Oficina de Correos me dieron tu carta.
La leí en mi cultivado jardín, al caer la tarde.
Un viento fresco que venía de las olas del mar soplaba dulcemente
y entonces vi que el pequeño Omi-Kin-Kan había echado un
[verde retoño.

Frescura

La tormenta rugió durante la noche, pero cesó al amanecer;
el cielo está ahora despejado y las extensas llanuras, verdísimas.
En lo alto sobrevuela una gaviota, con estridentes y salvajes chillidos.
Exiliada gaviota, regresa a tu océano,
mira cómo aún ahora sonrío al lado de las nevadas montañas,
cómo aún resplandece bajo el ardiente sol.
Entre mis arbustos pían jubilosamente pequeños y vivaces pajarillos;
los gusanos barrenadores están dichosos en la húmeda tierra.

Respuesta

Cuando me escribiste la carta era abril,
y estabas feliz de tener un clima primaveral,
y que el sol brillara a su vez con algunos aguaceros.
Yo te escribo en el pálido mayo y es otoño
y estoy contenta de que mis crisantemos
se hayan aferrado a fuertes postes
de tal modo que los vientos del sur no puedan doblegarlos.
Estoy contenta de que tengan un color cobrizo
y ardiente bajo la luz vespertina del bajo oeste
y estoy alegre de que ese ruiseñor
aún cante entre la acacia olorosa a miel.
Pero oh, nosotros tenemos corazones memoriosos,
y decimos “qué verde fue en tal y tal abril”
y “en tal y tal otoño fue muy dorado”
y “todo dura tan poco”.

Katherine Mansfield

(1888-1923)

Nació en Wellington. Es una de las autoras más célebres y reconocidas de Nueva Zelanda. Aunque es más reconocida por su narrativa (especialmente por su cuentística), escribió también poesía, que luego de su muerte sería mayormente publicada y difundida. En su honor, se establecieron varios premios importantes: el Katherine Mansfield Memorial Awards en 1959 y la Katherine Mansfield Memorial Fellowship en 1970. Sus *Diarios* y *Cartas* son reconocidos entre los mejores que se han escrito en estos géneros en la literatura universal.

Enfermo

El hombre de la habitación contigua
tiene la misma dolencia que yo.
Cuando me levanto durante la noche
lo advierto jadeante,
y luego tose,
y yo misma toso.
Y luego de una pausa, toso yo. Y, de nuevo, él tose.
Así por un largo rato.
Hasta que yo siento que somos como dos gallos
cacareándose el uno al otro en un falso amanecer.
Desde granjas distantes y desconocidas.

Para L. H. B.

Anoche, por primera vez desde tu muerte,
caminé contigo, hermano mío, en mi sueño.
Estábamos en casa otra vez al lado del arroyo
bordeado de altos árboles de bayas, blancas y rojas.
“No las toques: son venenosas”, dije.
Pero tu mano persistió, y yo advertí un haz de luz
de extraña y radiante risotada volando alrededor de tu cabeza,
y cuando te inclinaste vi las bayas brillar.
¿Recuerdas? Les llamábamos ¡Pan de Muerto!
Desperté y escuché el viento gemir y el rugir
del agua oscura precipitándose en la orilla.
¿Dónde –dónde está el camino de mi sueño para mis ávidos pasos?
Junto al recordado arroyo mi hermano se detuvo
esperándome con bayas en sus manos...
“Son mi cuerpo. Hermana, tómalo y come”.

El hombre con la pierna de palo

Hubo un hombre que vivió muy cerca de casa;
tenía una pierna de palo y un jilguero en una jaula verde.
Se llamaba Farkey Anderson,
y había estado en una guerra para hacerse de su pierna.
Nos daba mucha pena,
porque tenía una sonrisa hermosa
y nos parecía un hombre tan grande como para vivir en una casa
[tan pequeña.
Cuando caminaba por la calle su pierna no importaba mucho;
pero cuando lo hacía en su pequeña casa
producía un ruido terrible.
Mi pequeño hermano decía que su jilguero cantaba más alto
[que todos los pájaros,
para que Farkey Anderson no escuchara su pobre pierna
y así no tuviera que lamentarse demasiado por ella.

Allen Curnow

(1911-2001)

Nació en Timaru. Estudió en las universidades de Canterbury y Auckland. De 1935 a 1948 trabajó como editor en Christchurch, y después fue periodista en Londres, antes de trabajar como profesor dentro del departamento de Inglés de la Universidad de Auckland, en 1951, de la cual se retiró en 1977. Entre sus libros de poesía más importantes se encuentran: *Tres poemas*, *Enemigos*, *Isla y tiempo*, *Un cuarto pequeño con una enorme ventana*.

Hierro salvaje

El mar se vuelve oscuro, oscuro con el viento,
los pies se vuelven pesados, pesados con la arena,
los pensamientos se vuelven salvajes, salvajes con el sonido
del hierro en el viejo cobertizo que se estremece, repicando:
vuélvete oscuro, vuélvete pesado, vuélvete salvaje, vuélvete sonoro,
oscuro con el viento,
pesado con la arena,
salvaje con el hierro que rasga el clavo
y el hundido alarido del vendaval.

Casa y tierra

¿No fue éste –preguntó el historiador–
el lugar original de la hacienda?
No te lo podría decir, dijo el rancho;
yo sólo vivo aquí, continuó,
trabajando para la vieja señorita Wilson
desde que el anciano murió.
Abatido bajo los eucaliptos
el perro arrastra su cadena
de la letrina hasta el aviario
y de vuelta a la letrina,
padeciendo la tediosa tarde
animada por el anuncio de lluvia.
Ahí se sentaba la vieja señorita Wilson,
con sus fotografías en la pared,
el tío baronet, la madre al lado,
y algo que ella llamaba El Vestíbulo;
tomando té de una tetera de plata
por temor a que se cayera la casa.
Los colonizados, dijo ella,
no pueden entender...
por qué, de Waiiau a las montañas,
fueron todas tierras de mi padre.
Ella ya está en sus ochenta, dijo el rancho,
en la casa de ordeña.
Me voy el próximo invierno.
Esto está terriblemente desolado, agregó.
El espíritu del exilio, escribió el historiador,
es fuerte todavía en la gente.
Me recordó bastante, dijo la señorita Wilson,
al más joven de los Harriet, Will.
El rancho, de vuelta a casa de la ordeña, fue
a beber con el cazador de conejos, de vuelta
a casa de la colina.

La aciaga tarde del noroeste
se vino abajo, y la lluvia empezó;
el perro, perdido y decrépto,
se arrastró a su refugio.
Pero no puedes culpar a nadie
de la gran melancolía
que padecen los colonizadores
en una tierra que nunca tiene
un alma en casa.

Tiempo

Yo soy el aire del noroeste rugiendo entre los árboles
Soy la avanzada de las aguas y el óxido de los rieles del ferrocarril
Soy el millaje grabado en los letreros amarillos de las carreteras
Yo soy el polvo, la distancia, las algas a la orilla de la playa,
Soy la suma de las cantidades que los maestros enseñan,
Soy las vacas llamadas a la ordeña y la algarabía de las urracas.
Yo soy las nueve de la mañana en el reloj de la limpia oficina
Soy el golpe del rodillo y el olor de la máquina que escribe
Soy la banca del jardín donde los enamorados se encuentran
Yo soy la persistente canción que los niños escuchan
Soy un sonido llano en el recuerdo del oído
Soy el aserradero y sus demolidores engranajes
Yo, el tiempo, soy todo eso que todavía existe
entre mis tejidos inmensos como nieblas
que logran resistir la finitud del mundo.
Yo, el tiempo que amonesta, desgasta, y que confiere
al deseo de la memoria la imagen de lo que fue:
Yo, más que su prudente portador,
soy una isla, un océano, un padre, un agricultor, un amigo:
porque estoy aquí todas las cosas me asisten.
Yo soy, tú lo has escuchado, el Principio y el Fin.

Hone Tuwhare

(1922-2008)

Es el poeta maorí más importante de Nueva Zelanda. Nació en Kai-kohe y empezó a escribir cuando era aprendiz de ferrocarrilero, era también activista sindical. Ganó dos Montana NZ Book Awards y fue el Te Mata Poet Laureate en 1999. Obtuvo en vida dos doctorados honoris causa. En 2003 fue nombrado por el Arts Foundation of New Zealand Icon Artists entre los diez más grandes poetas vivos de Nueva Zelanda. Su obra se encuentra reunida en *Small holes in the silence: collected poems* (Random House, 2011).

Amigo

¿Recuerdas
ese descampado
donde el solitario árbol custodiaba
los lindes del áspero mar?
La fortaleza que construimos
con las ramas arrancadas a ese árbol
es madera muerta ahora.
El aire, denso con el batir
de las espigas de la cortaderia, sucumbe por fin
al triste revolotear de la gaviota.
Los ostiones atezados a las raíces
del mangle no ofrecen mejor
banquete que las anguilas de panza plateada
y los caracoles que cocinamos en
latas oxidadas.
Permíteme zurcir las orillas
rotas de los días que compartimos:
porque yo quiero decir
que el árbol que subimos,
el que le dio esperanza
a nuestros sueños de juventud, ya no existe más.
Enrolladas en nuestros labios sus finas hojas
convertidas en silbato, hoy
no pueblan ni engalanan más
el agrietado suelo de arcilla.
Amigo,
en este sombrío
y desconsolado tiempo
yo tomo tu mano sólo para
asegurarte que nuestros
inolvidables ensueños
fueron reales y vistieron
espléndidos harapos.

Quizá el árbol echará
raíces frescas otra vez:
arrojando un poco de sombra a este herido
y turbulento mundo.

Pensamiento en torno a un proverbio sufí

Hace mucho tiempo fui un átomo. Una unidad en dos,
[magníficamente fusionada.
Lleno de potencial, estaba cerca de mi esencia. Morí como átomo y
evolucioné hacia otra forma. Me convertí en piedra,
[lejos de derretirme.

Me estaba enfriando.

Luego de ser piedra me volví planta. Como planta, aprendí
a cazar y a comer carne. Morí como planta y me volví pez. Como pez
me crecieron alas y volé sobre las agitadas aguas. Después aspiré
a subir por encima de las verdes y altas colinas.

Cuando morí como planta, en otra rama que me gustaba
[de mí crecieron piernas
y salí arrastrándome del mar –sobre mis cinco. ¿O serían seis o siete?
No importa, tenía brazos, piernas y dos manos con las cuales aprendí
a levantar piedras y afilar palos.

Mi otra rama volátil trató de sacarme los ojos. Se mofaron
por no haber elegido un oficio aéreo. No hice caso a la burla,
escabulléndome para sortear el peligro. Aprendí a lanzar piedras.
Y pronto, con una diestra precisión, pude derribar a mis
torturadores.

Me los comí con plumas y todo, sólo aprendiendo más tarde a salvar
las plumas para adornarme yo mismo.

Evolucioné de planta y me convertí en animal. Morí como animal
y me convertí en hombre. Ahora... nunca maduré tanto muriendo
¿entiendes?

Quiero volver a ser piedra, pero no de esas que son tan frías
como la eterna noche –el lado oscuro de la luna.

Para una piedra es lo mismo una forma o figura que otra.

Compacta y lisa para volverme un millón de grumos murmurantes
de arena desmembrada calladamente lejos del
polvo ancestral; y todo en buen tiempo, también, precisamente,
y con resignada elegancia.

Lluvia

Puedo escucharte
haciendo pequeños agujeros
en el silencio

Lluvia

Si fuera sordo
los poros de mi piel
se abrirían para ti
y se cerrarían
y te conocería
por tu lamedura
si fuera ciego
ese especial olor tuyo
cuando el sol
endurece la tierra
el firme tamborileo
que produces
cuando el viento amaina
pero si no pudiera
escucharte olerte
o sentirte o verte
aun así seguirías
definiéndome
dispersándome
empapándome
Lluvia

Lauris Edmond

(1924-2000)

Es una poeta tardía, cuyo primer libro de poemas lo publicó con 51 años. Una década después, con el siguiente, logró el éxito y el reconocimiento de la crítica. Recibió la prestigiosa Katherine Mansfield Memorial Fellowship en 1981, el Commonwealth Poetry Prize en 1985, el OBE en 1986 y un Honorary DLit of Massey University en 1988. Es autora de once libros de poesía y tres autobiografías, más una novela. Entre sus poemarios se encuentran *In middle air* (1975), *Wellington letter* (1980) y *A matter of timing* (1996).

En la comisaría

Allí, ella está allí. Deambula en la fría mañana de septiembre,
casi al amanecer, pero sin saber de luz u oscuridad,
sin saber siquiera dónde está. Una luz, una puerta, una escalera
[de piedra.

La sube, mirando hacia arriba; su cuerpo rígido al aproximarse
a la puerta, la manija y, de súbito, el hombre detrás del escritorio.
Levanta la mirada, su respiración se detiene,
mira sus trágicos ojos brillantes, mira su sangre,
y cómo ella sostiene sus pequeñas manos blancas empuñadas;
observa su terrible rostro. Lo sabe ya, pero aun así interroga.
Están atrapados en una verdad indescriptible,
apenas ayer ella estuvo aquí, angustiada y suplicante,
fue su oportunidad para brillar –o al menos para ser bondadoso–
pero la perdió. Hoy se ha convertido en su carcelero, él que
podría haber sido su salvador. Lo entiende completamente,
aunque ya demasiado tarde. Nadie más vendrá para decirle
“Ayúdame, detenme, por favor, antes de que haga esto...”.
Él será para siempre perseguido por su juicio, engañoso
como fue, y errático. Nadie lo acusará
y nunca será perdonado. Su uniforme cruje ligeramente
y se levanta, tan sólo para ofrecer una taza del café de la institución,
pócima para la condena. “Tu chaqueta está llena de sangre, quítatela”.
Oh, llora por el mal día, tus somnolientas almohadas aterrorizadas
por llamadas telefónicas, mensajes, alarmas, lloran ahora
[y cada mañana
por los rostros de Juno, espalda contra espalda, de culpa e inocencia.

La silla

Es una habitación espaciosa al final de las escaleras,
con la puerta cerrada.

No recuerdo nada sino, en una esquina,
la silla de madera dura, redonda, una silla de cocina
y la niña sentada, la cabeza inclinada
sin levantar la vista para ver
quién ha llegado o se ha ido
pero llorando, llorando.

Ha llorado así toda mi vida;
no tienes que acercártele
o cuestionarte, indagar:
ella no espera eso,

nunca han habido indicios de consuelo.

Por la acostumbrada empinada continúo caminando,
estoy joven, vieja, fuerte o enferma; algunas veces
flaqueo –no importa. La silla permanece ahí
y, como si esto fuera todo en la vida,
la niña sigue sentada
e inclinada sobre el doloroso pie zambo
de su tristeza, remota
en la habitación cerrada de mis días.

En el camino a Te Awamutu

Era un pájaro oscuro, plateado
al vuelo, aproximándose rápida
y torpemente, incluso a ras de suelo, como si
ya estuviera herido; pero es inútil pensarlo
ahora porque sin impacto aparente,
sin ruido seco ni incluso tambaleo
de las ruedas, lo maté.

Vi una especie de mechón negro
y plateado de pétalos girando en el viento
y como una milla adelante pensé que debería
haberme detenido,
pero después lo olvidé.

En cualquier caso, ahora yace
sin reproche, sin defensa
entre el más grande descuido
dejado sobre mi vida.

Janet Frame

(1924-2004)

Nació en Dunedin, pero pasó gran parte de su infancia y adolescencia en Oamaru, donde trabajó como maestra. Vivió durante cinco años en Londres, y en varias ocasiones trabajó para la Fundación Yaddo, de Nueva York. Autora de la famosa trilogía autobiográfica *Un ángel en mi mesa*, *Hacia la isla* y *El mensajero de la Ciudad del Espejo*, y de una producción novelística por la que fue nominada al Premio Nobel de Literatura, Frame publicó en 1967 el libro de poemas *The pocket mirror (Espejo de bolsillo)*, con el cual obtuvo de inmediato un lugar central en la literatura de su país.

Desempleo

Todos los jueves a las diez de la mañana voy a la Oficina de Empleo, relleno la solicitud que me dan, y digo lo que he ganado por cortar los arbustos del vecino, alimentar su caballo, rescatar una oveja tonta del pantano. Algunas veces,

[en trabajos domésticos, hago hasta una libra por semana, pero nadie ofrece nada permanente. El oficial (a quien conocí en la escuela, un oso en el asiento de atrás) dice bostezando: lo siento, no podemos contratarte.

Y por consiguiente no tengo lugar, ni en esto ni en aquello. Tengo una buena caja de herramientas que mantengo bien aceitadas. Tengo la experiencia y el conocimiento atados a un presto fajo en la esquina de mi cabeza, muy cerca de la puerta, pero como nadie la toca,

[siempre está cerrada.

Recojo mi prestación semanal. Vuelvo a casa, abrazo a mi mujer, le doy de comer al gato, y, como no tengo oficio ni beneficio, engordo.

Recuerdos, otra vez

Nunca he visto una chinche, pero en las noches siento una picazón de bichos intentando chuparme la sangre. Algunas veces los mato. En la mañana veo los delicados y aplastados recuerdos yaciendo entre las sábanas.

Lluvia sobre el tejado

Mi sobrino, que dormía en la habitación del sótano,
ha puesto una laminilla de hierro afuera de su ventana
para recuperar el sonido de la lluvia que caía
sobre el tejado.

No se lo digo, pero el corazón encuentra en su desgracia
su propio consuelo.

Una hoja de hierro repara un tejado solamente.

Indemne, hasta ahora, de las heridas que la mudanza
y la diferencia nunca muestran,

mi sobrino puede reparar todavía los daños
para volver a traer el amoroso sonido de aquella lluvia
que conoció en la infancia.

Ni digo –en las pérdidas de la vida una laminilla
de hierro es una carga– que un día encontrará dentro de sí,
bajo una plena oscuridad y silencio,

el hierro que sostendrá no solamente el sonido
perdido de la lluvia, sino también el sol,

el rumor de los muertos
y todo aquello que jamás volverá.

James K. Baxter

(1926-1972)

Nació en Dunedin. Estudió algunos años en Inglaterra y en 1958 visitó la India. Aunque al final de su vida vivió en Jerusalén, su residencia transcurrió entre Wellington y su ciudad natal. Realizó los trabajos más diversos, pero su pasión estuvo centrada siempre en su producción poética, dramática, crítica y social. Entre sus libros de poesía más importantes están los *Sonetos de Jerusalén* y *Más allá del acantilado*. James K. Baxter es considerado uno de los poetas neozelandeses más importantes del siglo XX.

Aquí

Aquí donde el arroyuelo se escabulle entre dos rocas
Y el oleaje se escucha a una milla tierra adentro,
Y los carrizos esconden los nidos de cientos de pájaros,
Y los troncos encallan en las ciénagas como huesos de gigantes,
Y la maleza se pudre por montones sobre la superficie de la laguna,
Y el acantilado le da la espalda al sol incluso al mediodía,
Y el sendero se extingue en las praderas marinas:
Aquí, donde sólo el viento sopla,
Yo y mi encorvada sombra
Atraemos levemente el color de la identidad y de la muerte.

La bahía

En el camino a la bahía había un lago de juncos
donde nos bañábamos a veces y nos vestíamos entre los bambúes.
Ahora es mejor detenerse y decir:
cuántos caminos tomamos que no nos llevaron a ninguna parte,
el callejón cubierto de maleza, que ahora no significa sino pérdida:
y no ese auténtico jardín donde todo era tan sencillo.
Y por la bahía misma había acantilados con nombres grabados
y una cabaña en la orilla junto a un horno maorí.
Jugamos carreras en barcazas en las riberas del arroyo de piedra pómez
o nadamos en esas otoñales reservas
que crecían frías en agua ámbar, montando troncos
corriente arriba, y esperando por la taniwha.*
Así que ahora recuerdo la bahía y las pequeñas arañas
aferradas a los maderos, tan venenosas y veloces.
Los acantilados grabados y los grandes rudos oleajes
con corrientes entre las rocas y los pájaros alzando el vuelo.
Miles de veces se desgarró una hora
y arde con el fin de continuar viviendo.
Pero yo recuerdo la bahía que nunca fue
y continúo de pie como una roca sin darle la espalda.

*En maorí: espíritu del agua.

Mi amor camina

Mi amor camina tardíamente por los pasillos blancos
de una lluvia que desgarrar mis palabras,
aunque muchas voces nocturnas se burlen
y la sonrisa sepulcral de la luna
hiera las raíces de nuestra recién nacida canción.
Observa, amor, la última cosecha de grano luminoso,
el resplandor del fruto obtenido en la dura faena.
Mi corazón es un campo abierto.
Allí podrías perderte o esperar en casa,
no te arredraría ni el hueso del gigante
ni su escudo roto,
ni la zarza atrapada bajo una piedra de fuego,
ni el miedo, en la semilla rota, haría que mi halcón
se internara en tus alados sueños
manchando de sangre el suspiro del viento.
Déjalo que se mueva en la hondonada de tus sueños,
amor, en las guaridas de la esperanza
que germina en tus ojos.
Yo le canto al arpa de la lluvia que renueva la luz,
a las sombras deshechas y al brillo del fénix ardiente
que perdí entre los papeles rasgados del tiempo
y las tumbas quemadas.
Mi amor camina erguido por el sendero
de la abundancia esta noche.

C. K. Stead

(1932)

Nació en Auckland. Estudió en la Universidad de Bristol y en la Universidad de Auckland, donde actualmente es profesor emérito. Como crítico, su obra se ha centrado, además de en el ámbito de la poesía, en el de las áreas relacionadas con el feminismo y la cultura maorí. Algunos de sus libros de poesía más notables son *Cuando el deseo sea libre* y *Cruzando el bar*.

Estas flores blancas

Estas flores blancas sólo crecen bajo la luz de la luna
sus amarillos estambres son los rayos de las ruedas de oración
los agoreros del espontáneo sol
florece en un jardín en un sueño
de abajo viene la muchacha llevando mi vieja gabardina
con la que pretende lucirse
ella es como la electricidad
es como el agua fresca del manantial
en la calle las primeras hojas del otoño se desprenden
de los árboles más grandes del mundo
el reloj en la torre le ha quitado otro minuto a su juventud
y se los ha sumado a mi edad
los pálidos cálices de sus oscuros tallos
parecen flotar en vilo bajo la luz de la luna
se miran frágiles
pero yo sé que nos sobrevivirán.

Ausencia

¿Te has ido por fin, Clodia?
Catulo te busca arriba y abajo
de una habitación a otra en toda la casa vacía.
Te busca en el jardín lleno de hojarasca
donde la ardilla pelea contra la urraca.
En libros, en recuerdos, en el misterioso estertor
del lenguaje donde normalmente te encontré,
busca sin éxito. Esta mañana de invierno
carece de viento, de nubes, y un sol bajo
alza sus rayos ciegamente hacia la calle Woodstock.
Pero tú, a quien espera, tú, de quien depende,
estás ausente, dejándolo sin nada más que el silencio.
Está bien, tú sabes que él esperará en la entrada rota
bajo el árbol de hayas, al atardecer, y en la noche
cuando la casa cruja, escuchará tu regreso
sin nunca haberlo imaginado,
sin jamás haber perdido la esperanza.

Un don natural

Bajo el alero de mi tejado, incansablemente,
todo el día primaveral, dos gorriones han recolectado
los tallos de las hojas caídas,
mientras yo he estado sentado lamentando tu ausencia.
Todo el día, los gorriones han urdido con trocitos
de paja y palitos finos un nido para protegerse
de las inclemencias del viento,
y tal vez han introducido en su diseño
un hilito de la ropa que usaste, y una hebra de tu pelo,
ya que en todo lo que hacen se muestran apasionados
por la línea, la medida, la resistencia, y toman
lo que está cerca, y les es útil.
Todo el día he estado sentado recordando tu rostro,
y mirando cómo los pálidos tallos, entrelazados
por un misterioso proceso, han adquirido
de pronto un don natural.

Fleur Adcock

(1934)

Es poeta, editora y traductora. Su lírica se caracteriza por hacer confluir las relaciones entre personas, naturaleza, paisaje y política, además de poemas muy personales e íntimos, especie de fragmentos de un extenso diario que ha venido escribiendo a lo largo de los años. Es reconocida por sus traducciones de la poesía latina medieval y la rumana del siglo XXI, además de por su larga trayectoria editorial. Ha publicado numerosos poemarios, entre los que se encuentran *High tide in the garden* (1971), *The scenic route* (1974) y *The inner harbour* (1979). En 1996 fue reconocida con el The Most Excellent Order of the British Empire por sus contribuciones a la literatura neozelandesa.

Incidente

Cuando estabas tendido sobre la arena blanca,
una roca debajo de tu cabeza, y sonriendo
(rodeado de conchas muertas), vine a ti
y me dijiste, extendiendo tu mano a la mía,
“acuéstate”. Así que por un momento nos acostamos
cálidamente en la arena, hablando y fumando,
con calma; mientras que el sumiso mar detrás nuestro
lamía las rocas y sopesaba el día.
Entonces me quedé, suavemente, dormida, y caí
en un sueño profundo de abismos.
Eran los mitos de las cuevas, todos los mitos
del túnel o de la torre o del agujero
del conejo de Alicia en la tierra,
o del camino de Orfeo: un maletín de caracol
al infierno, decorado de peligro y duda.
Luego de un traspié, desperté de súbito; y me encontré
cercada de agua. Mi cabello estaba mojado,
y tú estabas sentado sobre la arena gris,
esperando que la desafiante marea me llevara:
mirando, y encendiendo un cigarrillo.

Un árbol de rosas

Cuando fuimos a vivir a Top Lodge
mi madre me dio un árbol de rosas.
No tuvo que pagar por él,
estaba creciendo ya ahí,
alto y viejo, sobre el camino de grava
donde solíamos andar en nuestros patines.
A nadie más se le permitía cortar
los enormes pétalos blancos que olían dulcemente.
Fue mío todo el verano.
En octubre nos mudamos otra vez.
Pero aun cuando no volví a verlo
no pude dejar de sentirlo mío:
uno de esos eternos presentes.
En la nueva casa tuve un pato.

Paletas

El único chocolate que aún me gusta
es el oscuro y crujiente parecido a los trozos de los huevos de Pascua
que mi padre compartía conmigo afuera de la caravana
cuando tenía cuatro años: una argucia
para mantenerme callada, y para evitar molestar
a la familia a deshoras de la mañana.

No nos educaron para comer dulces.

“Si alguien te ofrece una paleta”, nos decían,

“di no, gracias, es mala para mis dientes”.

Pequeños diablos, sólo obedecimos al principio.

Más tarde, en Inglaterra, transigieron:

si es algo prudente, podría permitirsete.

Pero de regreso a la Nueva Zelanda de la pre-guerra

los dulces fueron medicinales: caramelos

si te sientes mal en el Baby Austin,

o para mí, después de que el cirujano

me había arrancado la carne de mi dedo envenenado,

no eran sino sobornos para permitir que mi madre

[me cambiara la gasa:

una selección de dulces color pastel

–malva, rosa, verde pálido, limón– rociados

y perfumados como un bolso para pañuelos.

Esa mariposa

Es verdad lo de la mariposa
-una pavo real, inusual ortiguera-
que irrumpió en mi ventana abierta.
Tú estabas en tu ataúd en Nueva Zelanda.
Yo estaba aquí, en mi cálido estudio de Londres,
intentando modular mi voz para trabajar
cuando Marilyn cogió el teléfono
sobre tu rostro muerto. No podías esperar:
aleteabas de súbito para consolarme.
No eras de una belleza llamativa, querida madre,
pero tu personalidad era un arcoíris luminoso,
y tu generosidad tenía aterciopeladas alas.

Michael Harlow

(1937)

Nació en Estados Unidos, hijo de padre griego y madre de origen ucraniano. Llegó a Nueva Zelanda en 1968. Fue editor de la serie de poesía de la Editorial Caxton y de la mítica revista *Landfall*. En 1986 recibió la Katherine Mansfield Memorial Fellowship y en 2009 fue reconocido con la beca de residencia Robert Burns de la Universidad de Otago, la más importante de Nueva Zelanda. Es autor de una extensa obra literaria. Entre sus libros de poesía destacan: *Giotto's elephant* (1991) y *The tram conductor's blue cap* (2009). Los poemas que aquí se publican pertenecen a *Sweeping the courtyard: selected poems* (Cold Hub Press, 2014).

Cucharas

Quién
empezará
a preguntarse
abriendo
el libro
del sueño
por qué me
siento tan
amado por
una familia
de cucharas
flotando
sobre un enorme
muro
de aire azul:
luminosos
sus huecos
brillantes
es
sólo
cuando los toco
que se
llenan
de luz
Ahora entiendo:
son los cuerpos
de mis
hijos.

¡Qué maravilla!

En esta historia estás bajando una ancha avenida
la Park o la Quinta Avenida o los Campos Elíseos y de súbito
sin siquiera haber cambiado el semáforo de rojo a verde
ves a todas esas mujeres empujando carriolas
azules con banderines ondeando y entonces piensas:
¡qué maravilla! –al menos la mitad del mundo ha venido
al desfile y además la primavera acaba de llegar a
la ciudad, pero cuando miras dentro de las carriolas
ves lo que has estado escuchando desde que llegaste:
descubres que todos los bebés son radios cantando jazz...

Todo sobre el mundo

La semana pasada
Casandra, hija de un amigo,
me preguntó, en un tono espectral,
si no me importaría decirle
todo sobre el mundo.

Hoy
me llamó por teléfono y me dijo
que me contaría sobre el pasado y sobre la poesía, también,
ya que ella había estado aprendiendo poesía en la escuela

ah, dije
porque no pude pensar en nada más que decir,
y además había sido difícil
no haberle dicho nada sobre el mundo

Ella dijo entonces
bajando la voz, dejándome en una más alta,
que la poesía es cuando las palabras cantan. Y luego
agregó que debido a que tenía prisa
como para vernos mañana

en alrededor de cien años
los árboles serán nombrados personas muy importantes.
Pude saber entonces que ella
ya sabía suficiente sobre el mundo
para seguir cantando.

Vincent O'Sullivan

(1937)

Es poeta, novelista y editor. También escribe teatro y crítica. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos, y su obra ha sido publicada ampliamente en los ámbitos nacional e internacional. En 2006 recibió el Premio Nacional de Literatura y en 2013 fue nombrado Poeta Laureado de Nueva Zelanda, el máximo reconocimiento para un poeta neozelandés. Algunos de sus poemarios más importantes son: *Seeing you asked* (1998, Mejor Libro de Poesía en el Montana NZ Book Awards 1999), *Nice morning for it, Adam* (2004, Mejor Libro de Poesía en el Montana NZ Book Awards 2005), *Blame vermeer* (2007), *The movie may be slightly different* (2011) y su antología *Further convictions pending: poems 1999-2008* (2010). O'Sullivan radica actualmente en Dunedin.

Un poema de amor

Una mujer entra en una habitación donde hay un florero sobre la mesa.
La mesa está casi pegada a la pared, al lado de una ventana abierta,
de tal modo que el florero pareciera estar al lado de la ventana,
contra los árboles, sobre un claro del césped,
en el preciso segundo en que entra la mujer.
Ella camina hacia el florero para tocarlo, girarlo un poco,
posar sus curvados dedos en el curvado borde, abstraída
de lo que sostiene, incluso de sus propias manos,
aun cuando el florero es extraño y perfecto,
es de sus manos de lo que ella está orgullosa.
Ella sale de la habitación, deja la mesa como una mesa, la ventana
como una pura ventana –el mundo tal como éste es.
Sin embargo, el césped afuera se ha modificado, y también
[la hilera de árboles,
y la sombra de la hilera de árboles de la palidez
del césped recién cortado.
Aunque nada se ha movido, todo cambió.
En cada ventana, ilusiones.
En cada puerta, amor.

Ventana

Ella está en la ventana, “Vendrá la lluvia”,
dice, sus dedos asidos al cordón de la persiana,
el verano e incluso el otoño

ya se han ido, son acaso una palabra.

Luego, dice: “¿Lo viste en el periódico, no,
esa película no la exhiben más, en el Strand?”

“¿Querías ir?”.

“No”, dice,

“Pero ya no está”, el periódico en su mano.

“Estaba equivocada sobre la lluvia” –la siguiente mañana–

“Debió haber nevado toda la noche, esta nieve”.

En la ventana, otra vez, su habitación ahora,

dice: “Medio año más aún para las fresias”.

Su paisaje tiene otras estaciones,

detrás de la cortina, dentro de su cabeza.

Son ropas que se ha quitado.

En esquinas.

En el estrecho espacio debajo de su cama.

Hojas

Las hojas empiezan a caer a lo largo del sendero.
La mañana es fría y el sol, seguramente,
no brillará hoy, y, es probable, tampoco mañana.
Amo este día por lo que me recuerda,
lo amo incluso sin que me recuerde nada.
Hace frío y las hojas caen, y yo me adentro en ellas.
Las hojas están frescas o acaso empiezan
a empaparse. El cielo, frío: y uno creería que
el hielo no puede estar lejos del lago,
ni lejos del borde azul de las desoladas colinas,
aunque tampoco esté ahí.
Desfallecer y morir y esperar: hojas sobre hojas.
Las hojas son de higuera y roble y las encrespadas
parecen como quemadas de abedules,
y las largas hojas amarillas del nogal todavía
aferradas al cielo, se niegan a caer.
Me recuerdan un lugar, un amigo, una joven
ya, ahora, mujer. No me recuerdan nada.
Están aquí.

Michael Jackson

(1940)

Nació en Nelson. Es antropólogo y poeta. Entre sus libros de poesía más importantes se encuentran *Latitudes of exile* (1976), *Wall* (1980), *Going on* (1985), *Duty free* (1989), *Antipodes* (1996), *Dead reckoning* (2006), *Being of two minds* (2011) y *Midwinter at Walden Pond* (2013). En 1981 ganó el New Zealand Book Award for Poetry, en 1983 la Katherine Mansfield Memorial Fellowship y en 1995 el tercer lugar en el Montana Book Awards. Fue condecorado con el doctorado honoris causa por la Universidad Victoria de Wellington en 2006. La prestigiosa editorial Cold Hub Press, especializada en poesía neozelandesa y latinoamericana, publicará sus *Selected poems*.

A mi hija

Cuando naciste fue fácil ignorar
que era yo tu padre:
nunca te pareciste
ni te comportaste como yo hago ahora.
Mientras esperaba afuera del hospital
pensé en esa gente del desierto para quienes
sus hijos son espíritus ancestrales
que vienen de un lugar sagrado
donde se alimentan de flores y rocío.
Así como esa gente del desierto no niega
que el niño es suyo
y que nació para ellos
por magia o accidente,
yo he seguido su misma lógica
y me convertí en tu padre.

La muerte de Sócrates

Que fue feo no hay duda
pero algo de lo que dijo sobrevive;
recordado por su barriga,
sus pies descalzos, su indiferencia hacia la muerte:
un harapiento maestro de la polémica
Pienso en sus acusadores:
Ánito, un político,
Licón, un orador público,
Meleto, un poeta trágico de lacio pelo
a quien Platón llamó
“el desconocido con nariz de gancho”.
¿Fue dura la muerte con ellos?
No veo ningún cambio:
los treinta todavía gobiernan nuestra ciudad,
condenamos aún lo que desconocemos,
los sabios esperan sin audiencia
y los juicios continúan.

Genealogía de mis poemas

Escribí mi primer poema sobre la lluvia a mano
sobre el pupitre de mi escuela, solo.
El primero que tecleé fue en una Remington.
Me dio confianza.
Y luego en una portátil cuyo nombre
he olvidado, al igual que los poemas de medianoche
de amor no correspondido
o el deseo de escapar.
Después hubo años de poesía
escrita al reverso de sobres y notas de consumo,
versos perdidos, fugitivas imágenes
buscando, como yo, pertenecer a algo,
hasta que adquirí mi Studio 45.
Ya no sirve, pero la conservo por haber acompañado
en la escritura de *Latitudes* y *Wall y Going on*.
La veo ahora sobre mi escritorio de pino en Palmerston,
la ventana y el árbol de la col,
las colinas que veo mientras espero una metáfora.
Hoy los techos cobrizos del Parlamento danés,
y tres altas chimeneas con penachos de humo
son el paisaje que tengo, y una pantalla que vacila
mientras construyo suavemente este poema cuya
genealogía le debe todo
al fantasma de la máquina,
a los pinos y el mar y las alas de las gaviotas
que fueron el papel, la tinta y la pluma con las que empecé,
blancas conchas recogidas en Hukuwai
donde la tierra es plomiza, como el duro
metal con que por vez primera se forjaron mis palabras.

Peter Olds

(1944)

Ha publicado varios libros de poesía. Su influencia en la generación de jóvenes poetas neozelandeses, principalmente de los setenta, fue de considerable importancia. Sus poemas han sido incluidos en antologías canónicas y su obra lírica fue reunida en *It was a tuesday morning: selected poems 1972-2001*, que reúne casi tres décadas de su poesía. En 2005 fue uno de los dos ganadores del primer Premio Literario Janet Frame.

Mapas y gente

En el hospital me revisaron la cabeza
y me pidieron que les dijera
en qué momento exactamente me volví loco.
No pude decirles
(claro que nadie puede)
y me permitieron tomarme un té
con otros pacientes
que tampoco supieron a qué hora fue eso.
Nos la pasamos bien
hablando
sobre Ned Kelly y la tierra prometida
(de espaldas al reloj)
arrojando las colillas de nuestros cigarros
a la flama artificial del calentador eléctrico
(siendo reprimidos por arruinar nuestras vidas
e invitados a no volver a hacerlo).

Las casas derruidas

Para Heather

Tú cuidas una orilla de la calle
y yo la otra.
Nada ni nadie escapa a nuestra vista:
gatos, niños intrusos
luces innombrables,
cartas sin destinatario.
Los ancianos vecinos
con las piernas adoloridas y los televisores parpadeantes
en sus departamentos
necesitan nuestra guardia,
los escandalosos de la casa de dos pisos
al final de la cerrada,
siempre de fiesta
y manejando sus estruendosos coches arriba y abajo
de la calle que parece suya
necesitan nuestra guardia,
el vendedor de mariguana (no mencionaremos
su nombre) y el patrullero que hace sonar su sirena
en la calle los jueves en la noche
necesitan nuestra guardia,
la gente de la iglesia sobre la cerca de la casa grande
donde regentean el banco de alimentos
esos que nunca paran de decir “buenos días”
necesitan nuestra guardia,
las casas derruidas de la granja abandonada
detrás del campo de golf
la que mira hacia Blackhead y el salvaje océano del sur
(donde una vez te asustaron los eucaliptos)
necesitan nuestra guardia.

Cuando la calle está apacible
vengo a tu departamento
a mirar la tele, compartir un bizcocho y algunas preguntas:
¿Qué cenaste ayer en la noche?
¿Saliste a caminar esta tarde?
¿Cómo te fue con el terapeuta?
No me quedo mucho tiempo
nunca lo hago:
yo soy ese niño
que corre a todo lo largo y ancho
de tu jardín
persiguiendo
luces innombrables.

Y sé que en la mañana lloverá

En la habitación a la que acabamos de mudarnos
tenemos como adornos
los despojos
de los anteriores ocupantes,
quienes huyeron despavoridamente
a otra ciudad a la busca de sus almas.
Me siento en la silla que abandonaron
y miro tu rostro nervioso
desmoronándose extrañamente sobre la repisa de madera de la radio.
Observas los insectos imantados
por la luz eléctrica y la ventana,
y entonces sé que pronto me dirás:
este cuarto está muy tétrico
y el cielo parece nublado
porque las palomillas han invadido, otra vez, la habitación.
Pero la razón por la que estás con los nervios de punta
no es porque mi máquina de escribir esté enmohecida
de poemas que no he escrito
o por los adornos que no sirven para nada
sino porque no tenemos un bóiler que podamos encender
cuando llegue el invierno.
Sí, veo el talco espolvoreado en tus pechos
y cuento el número de veces que te estropeas la piel
y golpeas el piso.
Veo cómo te cepillas el pelo nada más para librarte
de la turbia noche
y cómo bebes la última taza de té tibio
antes de que el cansancio te venza.
Presiento, esta vez,
que el sueño ha de llegar demasiado tarde.
Alcanzo el frasco de Valium,
y sé que en la mañana lloverá.

Brian Turner

(1944)

Es uno de los poetas vivos más importantes de Nueva Zelanda. Su primer libro de poesía, *Ladders of rain* (1978), ganó el Commonwealth Poetry Prize, y su sexto, *Beyond* (1992), el New Zealand Book Award for Poetry. Su colección de poemas *Just this* (2010) ganó en 2010 el New Zealand Post Book Award for Poetry. En 2003-2005 fue el Poeta Laureado de Nueva Zelanda, la máxima distinción que puede recibir un poeta en este país.

Libertad

Hoy fui a la escuela, bordeando el río,
bajo el día soleado, el deshielo
revitalizaba el agua de los estanques,
la música de las ondas
emergía directamente
de las obras de Granados.

Entonces

¿Qué es lo que aprendí hoy en la escuela?
Que si te importa la libertad
nada a ello es más parecido
que la música del agua
cayendo de las montañas.

Viento

No sé
lo que el viento
sabe de mí
pero moriría
por saber
eso que el viento
sabe
que yo no
sé.

Cielo

Si el cielo supiera
la mitad de lo que
hacemos aquí
abajo
quedaría devastado,
maltrecho,
y nada tendríamos
sino la lluvia.

Puerco

Era un puerco enorme,
feo para algunos,
con la piel áspera
y gruesa la pelambre.
Cuando hubo que
matarlo
le diste un balazo en la cabeza
y se desplomó en el acto, con
un golpe seco.
Como ni entre dos pudieron
moverlo,
lo cogieron de las patas
y lo colgaron de un árbol,
metiéndole un gancho
debajo de la quijada
y jalándolo hacia arriba.
Tuvieron que usar
su Toyota cuatro por cuatro
para levantarlo,
pues estaba demasiado pesado.
Lo destriparon y
le limpiaron los dentros,
dejándolo ahí colgando
toda la noche.
Yo lo vi bambolearse
suavemente en el viento,
una mancha en la oscuridad,
pesada como el dolor.

Ian Wedde

(1946)

Es poeta, novelista y crítico. Su trabajo como crítico de arte en particular lo llevó a coordinar una serie de exposiciones clave en el Museo Te Papa Tongarewa de Wellington (Nueva Zelanda), donde trabajó como jefe de arte y cultura visual de 1994 a 2004. Sus poemas han sido publicados en numerosas revistas y antologías, es autor de más de trece libros de poesía. También ha escrito varias novelas y libros de ensayo. Fue editor en 1985 de *Penguin book of New Zealand verse*, coeditado con Harvey McQueen. Fue galardonado con el Arts Foundation Laureate Award en 2006 y fue el Poeta Laureado de Nueva Zelanda 2011-2013. Los poemas aquí traducidos pertenecen a su libro *The commonplace odes* (Auckland University Press, 2001).

A mi hermano gemelo

Hay algunas cosas que todavía necesito saber:

¿Cómo puedo hablarte si hemos olvidado nuestra lengua?

¿Dónde podemos encontrarnos ahora que nuestra madre tiene largo tiempo muerta?

¿Cómo puedo traerte regalos cuando tú me los estás trayendo también? ¿Cómo nuestro padre pudo estar en la foto si él siempre estuvo tomándola?

¿Qué nos une?: ¿un trofeo, competimos por él, está vivo o muerto? ¿Y cómo mis hijos pueden hablarle a tus hijas si ellas nunca han aprendido nuestra lengua? ¿Dónde se pueden encontrar ahora que sus padres no tienen dónde encontrarse? ¿Cómo pueden compartir lo que tienen si no tienen nada en común? ¿Y qué los une?

¿El grupo musical de la boda de su abuela, esa entrada a través de la cual sus padres entraron en la vida y su abuelo la dejó?

¿Por qué eres tú zurdo y yo diestro?

¿Por qué tú tuviste hijas mientras que yo hijos?

¿Quién de nosotros pudo haber sido la otra hermana?

¿Y qué es esto que nos une?

¿Es quizá un espejo? ¿O es el rastro de la luna sobre una mar apacible donde los reflejos de nuestra madre y padre no son perturbados, sentados bajo las palmas de Royal en la orilla de la costa, con el tintineo del jazz del transbordador, los hijos no nacidos, mejilla contra mejilla bajo el signo de Géminis?

A mi espejo

Secándome frente al espejo
en un hotel lejos de la inconclusa morada de mi vida,
veo seriamente que mi gordura quiere caer
al suelo,
arrastrada por la buena vida,
por el amor,
y por el malicioso cansancio
provocado por los arteros nudillos de los Cotton Mathers
de la burocracia cultural.
¿Fue éste tu destino también,
Horacio,
sentarte en salas de reuniones llenas
de cabezas amodorradas –esa señal
de aquiescencia que desvela
una infantil necesidad por la caricia
del jefe,
un deseo de sentarse a la mesa con los distinguidos,
para aprender el secreto protocolo del poder
y el ejercicio muscular del guardapuerta?
Tus amigos de puestos honorables
confiaron en sus amables libaciones,
y aquellos que se unieron a ti
a la sombra
del toldo de hojarasca de tu granja en la Sabina
sabían que amabas la vida demasiado
como para aprender
tan vergonzosos oficios.
Escuché a Neruda en Londres
cuando mi incipiente vitalidad
ardía.

Su enorme seguridad
carecía de ego o ambición
y emergía de la certeza
de que lo que él daba
era a sí mismo
y por eso fue querido por la gran multitud
que se había parado sobre las sillas
para aplaudirle.
Después
el poeta se marchó de súbito
y yo salí sabiendo que sería
mi destino
ver en el oscuro espejo
de algún ventanal de tienda
las tristes marcas que el remordimiento
dejaría en mi propio rostro.

Epístola a John Dickson

Querido John, olvidaste tu suéter
la última vez que viniste.
Fue a finales de verano,
todavía hacía calor en las tardes,
cuando solías sentarte en el viejo sofá
bajo el cobertizo
con un cigarro y una pila de libros.
Debido a que hacía calor no usabas el suéter
y por esa razón lo olvidaste
a un lado del sofá
donde lo encontré después de que
volvieras al norte
llevándote tu pila de libros
pero dejando un gran recipiente
de agua natural.
Las tardes eran calientes
pero como las mañanas eran aún frías
solías usar el suéter
afuera en el sofá junto a la terraza
con un cigarro y una taza de té.
Mirabas los gorriones y los estorninos
peleando en los comederos
al fondo del jardín
lanzándoles a su miedo y glotonería
el pan fresco al aire
mientras tu rostro se ponía su
habitual expresión de otredad
y perplejidad
como si estuvieras viendo acontecimientos
transmitidos a través de algún tipo
de ambiente enrarecido.
Cuando hablabas
era con una intensa concentración interior.

Era como si estuvieras escuchándote
a ti mismo
sonando como si fueras otro.
No podías recordar muy bien la historia.
Además del suéter y el agua natural
dejaste una bolsa de papel
con champiñones frescos en el refrigerador
junto a algunos tomates
y un par de botellas de Merlot.
También olvidaste el borrador de tu nuevo libro.
Me gusta el poema que escribiste sobre tu nieta.
Especialmente la línea
“la íntima seguridad de los nombres”.
Ahora es otoño
y tú debes estar teniendo frío allá
arriba entre la niebla del río.
Aquí te regreso tu suéter.
Los champiñones y los tomates me los comí,
como era lo debido, gracias,
y el vino lo bebí en compañía de alguien
que he olvidado.
El gran recipiente de agua natural está
lleno de aceitunas Abe, húmedas.
De vez en cuando
recuerdo la línea sobre
“la íntima seguridad de los nombres”.
Esto lo recuerdo normalmente cuando me siento afuera en el sofá,
bajo el sol de invierno,
mientras miro el pequeño paisaje
y pienso en uno más grande
en el cual el largo verano
costa de espejismos, areneros
y surfecedores
te tenga a mitad de camino, John,

como algún tipo de expatriado,
arrojado en esta costa de naufragios,
escuchando un lenguaje que te es
la mitad familiar
y modulando los labios alrededor
del cuidadoso balbuceo de un nombre
que te llevará al futuro
que quieres tener en este lugar
que apenas conoces.

Bill Manhire

(1946)

Es un multipremiado poeta y escritor. Ha ganado varios New Zealand Book Awards y un número de becas importantes. Fue el New Zealand Te Mata Estate Poeta Laureado en 1997/1998. En 2007 fue honrado con el Premio del Primer Ministro para el Logro Literario. Manhire es el director del Instituto Internacional de Letras Modernas, centro de escritura creativa en la Universidad Victoria de Wellington. Ha coordinado varias antologías que han sido referentes nacionales de la poesía neozelandesa. Algunos de sus libros son: *Malady* (1970), *The elaboration* (1972), *Song cycle* (1975), *How to take off your clothes at the picnic* (1977), *Dawn/Water* (1979), *Good looks* (1982), *Locating the beloved and other stories* (1983), *Zoetropes: poems 1972-1982* (1984), *The old man's example* (1990), *Milky way bar* (1991), *Sheet music: poems 1967-1982* (1996) y *My sunshine* (1996).

Hijos

Es probable
que los hijos mueran
sin que puedas hacer nada para ayudarlos.
Será primavera,
la luz sobre el agua,
o no.
Y aunque ahora ellos
viven juntos
no morirán juntos.
Morirán uno por uno
y no creas que te llamarán:
serán viejos
y tú ya no estarás.
Será primavera,
o no.
Tal vez cruzarán
el camino,
sin mirar a la izquierda,
sin mirar a la derecha,
o quizá simplemente estarán flotando
al atardecer
como esas nubes incapaces
de sostenerse en vilo. Ése habla mucho,
ése casi nada: pero ambos
disfrutan la luz sobre el agua
tanto
como nosotros
gozamos
el sentido
de la indefinida postergación.
Sí, ésta es una historia increíble
pero no la creas prometedora;
y aunque él es sólo un niño
ya lo mirarás crecer.

Aborto

En el tiempo en que la mayoría de las mujeres
empezó a usar colores llamativos,
mi hija menor se vistió de gris.
Se levantó tarde, leyendo el periódico
y cuidando su terrible humor.
Mucho de esto viene
a mi mente ahora, pero una noche
me invadió lentamente su belleza.
Después vino también el amanecer
y su lugar quedó vacío.
¿A dónde se había ido?
¿Se perdió en los titulares?
Creo que debió haberse escabullido
mientras leía algo
sobre su hombro.

La distancia entre los cuerpos

Sábanas en el suelo, un tubo
de pintalabios sobre la mesa,
fragmentos de costa apenas visibles tras la ventana.

La distancia entre los cuerpos
es como la distancia entre dos fotografías.

La estrella sobre el pecho del hombre.

La cabeza de la mujer recostada en la estrella.

Sobre la originalidad

Poetas, los quiero seguir a todos,
del bosque a la ciudad,
de la ciudad al bosque.
Al primero lo estrangulo.
Le quito la navaja
y la adhiero a mi tobillo en la entrada de una tienda.
Después salgo a la calle
pellizcándome las uñas.
Bebo con un hombre
que ama a las jovencitas.
Cada verso es un cadáver fresco.
Nos hacemos amigos de una muchacha.
Cuando él se inclina sobre su cuerpo
para desnudarla
yo deslizo el filo de la navaja entre sus costillas.
Silbando una melodía, tomo su pistola.
Anudo su bufanda sin cuidado alrededor de mi cuello,
y
arrastro al siguiente a un despoblado.
En la ribera de un río cavo
un limpio agujero en su frente.
Movido por la poesía
pongo su cartera en un sobre de correo
y se la envío a su viuda.
Me embolso su pistola.
Esto es un avance.
Por ejemplo, ya casi amanece.
Amontono ahora una arma sobre otra
y salgo a la busca de más.
Es un mundo difícil.
Cada palabra es otra herida.
Ésta es mi guarnición de armas.
Éste es mi ramaje lírico.

Sam Hunt

(1946)

Nació en Auckland. Es poeta y actor. El impresionante número de sus publicaciones y sus actuaciones memorables en bares, cafés, museos, etcétera (en las cuales interpreta no sólo su poesía sino también la de otros poetas, clásicos y contemporáneos), le han hecho merecedor de una popularidad inédita en Nueva Zelanda. En 1986 recibió la Queens Service Medal por su contribución a la poesía neozelandesa. Entre sus libros se encuentran: *From bottle creek: selected poems 1967-1969* (1969), *Bracken country* (1971), *From bottle creek* (1972), *South into winter: poems and roadsongs* (1973), *Time to ride* (1975), *Drunkard's garden* (1977), *Collected poems 1963-1980* (1980), *Running scared* (1982), *Approaches to Paremata* (1985), *Selected poems* (1987), *Making tracks* (1991), *Naming the gods* (1992), *Down the backbone* (1995), y, con Gary McCormick, *Roaring forties* (1997).

Mi padre hoy

Lo enterraron hoy en
la calle Schnapper Rock,
mi padre en el frío lodo.
Un duro viento del sur
se llevó la cortina de luz.
Amigos, hombres conocidos en el camino,
estaban parados alrededor de él con ese silencio
de los hombres que se quedan sin palabras.
No había nada que decir.
Escuché los fastidiosos acordes
de las urracas sobre un
viejo pino... “Mi viejo, ahora está en un mundo lejano
–llámenlo Cielo–
donde no hay hombres tan elegantemente
vestidos. Su última tarde,
mientras miraba el mar,
se quedó dormido en su silla.
Se preguntaba qué eran
todos aquellos gritos.
¡Estaban a punto de estallar!
Y ahora, estas urracas aquí
en la calle Schnapper Rock...”.
Lo enterraron en el lodo.
Era una pesada carga,
mi padre muerto hoy.

Mi padre segundo

Mi padre tenía sesenta cuando yo nací,
dos veces la edad de mi madre. Pero nunca
ha estado cerca de mí, tampoco del mástil
alrededor del mundo; ni cuando más lo necesitaba.
Estaba en algún otro lugar, como en su despacho jurídico
estilo Dickens en el segundo piso contando estrellas;
o algunas veces afuera, en domingo, abriendo con su guadaña
el camino entre lupinos hacia el mar.
Pero el álbum de fotos que compré yo mismo
cuando abandoné la casa permanece abierto
en la repisa en la única foto que tengo de él,
mi padre segundo. En el mismo álbum, al lado suyo,
una de mi madre.
Los pegué juntos en la misma página.

Sara

Tu cuerpo no tiene defecto.
¡Eso debe ser una mentira!
Maud Gonne tuvo manos tristes,
el humor de Ángela nunca abrió puertas.
Tu cuerpo no tiene defecto.
Busco uno diariamente,
la oscuridad del valle,
la empinada a tu quijada.
Tu cuerpo no tiene defecto.
Separo la tierra y el cielo
vigilo el nacimiento
y rezo en una puerta ensangrentada.
Tu cuerpo no tiene defecto.
El cormorán negro tampoco.
La garza azul en la oración.
Vives fuera de la ley.
Tu cuerpo no tiene defecto,
nalgas, pechos, senos,
la curva de tu tobillo donde me echo;
tus pantorrillas, otra ribera.
Tu cuerpo no tiene defecto.

Cilla McQueen

(1949)

Poeta Laureada durante 2009-2011. McQueen es autora de catorce libros de poesía, entre ellos *Homing in* (1982) –que ganó el New Zealand Book Award for Poetry y el Jessie MacKay Award 1983–; *Anti gravity* (1984); *Wild sweets* (1986); *Benzina* (1988) –New Zealand Book Award for Poetry 1989–; *Berlin diary* (1990) –New Zealand Book Award for Poetry 1991–; y *Crik'ey: new and selected poems* (1993). Ganó en tres ocasiones el New Zealand Book Award y ha obtenido importantes becas de creación, como la Fulbright Visiting Writers Fellowship.

Joanna (1)

Entro en la cocina de mi amiga.
Encuentro rosas sobre el suelo
y una mesa con peras.
Su rostro se desnuda en la luz.
Sonríe. Ha corrido
la cortina. Disfruto
la oscuridad dentro
de nuestras casas en Dunedin
incluso en verano, las puertas
abriéndose en el pasillo,
la puerta principal entregándose
al sol.

Arenques

Escriba una superficie con un plumín.

Represente en palabras un círculo.

Inscriba (una construcción geométrica) dentro (de otra construcción) para que las dos estén en contacto pero no se crucen.

Describe una membrana de partículas elementalmente

[supersimétricas.

Circunscribe una construcción geométrica alrededor de

[otra construcción

para que las dos estén en contacto pero no se crucen.

Dote de belleza la verdad

Mira, Ben, el agua
tiene una piel suave y resistente,
y todos los insectos bailan
y brincan de un lado a otro sobre ella–
para ellos es segura como
el blando césped. Mira,
es un asunto de asegurarnos
que tú eres más ligero
que el medio que caminas:
en otras palabras,
primero checa tu menisco
y también al diablo con
la trucha –no puedes permitirte
mirar hacia abajo, de cualquier modo.
Tú y yo tenemos muchísimas
astillas doradas clavadas en
nuestras botas de hule –el mundo
nos está sosteniendo muy
bien, hoy.

Roger Hickin

(1951)

Es poeta y artista visual. Su obra plástica ha sido expuesta en las mejores galerías de Nueva Zelanda y sus poemas han sido publicados en *The listener* y otras revistas nacionales e internacionales. Entre sus libros se encuentran: *Up that river road* (2005), *Waiting for the transport*, y *The situation and other poems* (2009). Es director de Cold Hub Press.

Según Machado

Según Machado
en los crudos días de invierno
don Julián Sanz del Río
usaba su gabán al revés
creyendo que de esa manera
se mantenía más abrigado
cualquiera pensaría que un Dios omnisciente
mostraría algún interés por un pobre
filósofo Krausista español panenteísta
del siglo diecinueve
evitándole así verlo sometido a tal indignidad
pero supongo
que el panenteísmo Krausista no lo abarca todo
y, por tanto, nada tiene escrito sobre las payasadas
de los profesores excéntricos.

Después de la fiebre del oro

*aquí es donde el oro
se extrajo*

donde el camino
empieza a subir

*

entre las vetas desangradas
y los despojos

yo busco
un destello residual

*

La herrumbre carcome
las trampas del conejo

las hojas
crepitan en mi puerta

entre
las montañas

Ars poética en un Mal Día

El mismo verso
una y otra vez
el mismo verso
una y otra vez

el trabajo
de un idiota

(dijo Rafferty)

El consejo de Braque

conserva la mente
clara
dijo Braque
sé presente

Los sobrevivientes

A propósito de una fotografía de John Francis

En el traspatio del pintor
entre Scrogg Hill
y el mar
los sobrevivientes
evocan viejas historias
con té y galletas

negocian
el campo minado de la nostalgia

los paisajes indómitos
se han atenazado
a improvisados caballetes

no se atisba el mar

y el poeta muerto
está sentado
bajo su rojo guardasol

David Howard

(1959)

Es poeta y editor fundador de *Takahe*, una pequeña revista literaria que ha sido la primera en publicar a muchos poetas neozelandeses hoy de renombre en Nueva Zelanda. Algunos de sus libros de poesía son: *In the first place* (1991), *Holding company* (1995), *Shebang: collected poems 1980-2000* (2000), *How to occupy our selves* (2003), *The word went round* (2006) y *The incomplete poems* (2011). En febrero de 2009 David Howard se hizo acreedor de la beca otorgada por el Programa Internacional de Escritores de Nueva Zelanda para asistir al Festival Internacional de Poesía en Granada (Nicaragua). En 2013 gozó de la Robert Burns Fellowship de la Universidad de Otago.

Querido papá

Feliz cumpleaños. Espero que
estés bien. Predicen nieve,
pero aún sigue ausente,
como tu sonrisa.

Tus botas de hule pesan
con el lodo de ayer, después de haber
medido los linderos
a fin de comprar más alambre
–esa cerca la terminaré mañana.

Sería bueno tener tus manos
ajustando la tensión, entonces.
Pero debo continuar,
como hasta ahora, solo.

Teoría de los escarabajos

Dios les tiene un excesivo cariño
a los escarabajos: ellos lo pueblan
todo. Aunque son pruebas visibles
de la creación, no pueden
comprender, por sí mismos, ¡el cielo
extranjero! No son diestros
en el análisis espectroscópico
de las estrellas:
hidrógeno helio magnesio sodio
y el hierro de la espada
o el cinturón de castidad, de los clavos
de la cruz. Nuestras pisadas
los mueven pero no
nombran su milagro.

Concierto

en algún lugar el mar cubre una piedra que tú nunca arrojarás
las ciruelas crecen negras bajo un sol insensible
el viento huele a asfódelos y el aprendiz voltea para asegurarse
de que no es el perfume de su madre

en algún lugar un pájaro se come a otro mirándolo hasta
[que su esqueleto raspa
la piel de las ciruelas caídas
la línea en la mano izquierda de la niña silenciosa continúa
la línea en la mano derecha del niño bullicioso

ni un niño ni una niña entrarán en la caja donde tu corazón
[bombea el tiempo
la caja donde las ciruelas tienen un amargo dulzor
el aprendiz equivoca el perfume de su madre
mientras el viento murmura

en cualquier parte que el mar cubra una piedra tú nunca
[la arrojarás otra vez

[February-march 1994, rue Balquerie, Akaroa]

Jenny Bornholdt

(1960)

Es una poeta apreciada por su claridad y la profunda simplicidad de sus versos. Es autora de numerosos libros de poesía, entre los que se encuentran *This big face* (1988), *Moving house* (1989), *Waiting shelter* (1991), *How we met* (1995) y *Miss New Zealand: selected poems* (1997). Ganó en 2002 la Meridian Energy Katherine Mansfield Memorial Fellowship y en 2003 recibió el Arts Foundation of New Zealand Laureate Award. En 2005 se convirtió en la quinta poeta en recibir el Te Mata Estate New Zealand Poet Laureate, el más importante galardón que puede recibir un poeta en Nueva Zelanda.

Vida interior

Comparto mi cama
con mi esposo,
un inhalador para el asma,
y a menudo, bajo las almohadas,
dos plumas. La vida nunca
ha sido muy buena. En la mañana
me levanto y están las tazas
y los platillos: uno siempre
acompañado del otro.
Me siento afortunada de saber
cómo se siente una taza de harina.
La forma en que esta harina,
con agua, se vuelve pan.
Con huevo, pastel.

Entonces llegó Murray

Fue aquella mañana en que venderíamos el coche, pero cuando salí para echarlo a andar, no cedió.

Greg fue a traer gasolina en la bicicleta.

Yo llamé a la A. A. Poco después llegó Ray.

Le dije: lo siento. No hay problema, dijo él, y miró el coche y las llantas y al interior de la cajuela y dijo: es hermoso este cacharro.

Golpeteó la bobina de encendido y la bomba de gasolina para intentar encenderlo.

Greg regresó con la gasolina, pero nada.

Entonces, como no había nada más que hacer, entramos a casa y tomamos café y Ray fumó y habló de ir a Outward Bound y dormir y relajarse.

Entonces llegó Murray.

Subió la colina en su coche amarillo de la A. A., sacudiendo la cabeza. Descendió y dijo estaba seguro que me llamarían. La última vez que estuve aquí dijeron que lo estaban vendiendo y el otro día los vi caminando hacia el centro de la ciudad y pensé: “gracias a Dios que ya vendieron esa cosa”. Limpió el carburador y se rió.

Puso más gasolina ahí y reemplazó el filtro.

Dije: no estaba bromeando, hay alguien que quiere comprarlo. Murray rió y replicó: seguro. No, no, dije, es cierto, Ray. Ve, es él, allá en la ventana.

Murray alzó la vista y Greg y Ray saludaron.

¿Cuánto pagará por esto?, preguntó Murray. Ya iba a decirle y me detuvo. Dijo: no, espera, mejor no me digas. No quiero saberlo.

Ray bajó y ayudó levantando el cofre del coche.

¿Cuál es tu nombre?, preguntó a Murray.

Murray, dijo Murray. Bien, yo soy Ray, este es Greg y esta Jen. Hola Murray, dijimos. Y entonces el coche arrancó.

Las películas

Ella lleva un vestido rojo.
Ella lleva un vestido azul.
La vieja casa tiene
escaleras
hasta la puerta de entrada.
Se abre.
Se cierra.
La campana no sonará.
Ella se desmaya al mirar
las flores.
Pensamos que la enfermera
es una embustera.
Una mano ensangrentada
es peligrosa.
Los ojos de los cocodrilos
son de la buena suerte
y así es un trébol.
Incluso el pez
tiene memoria.
El niño está en peligro.
Puedes fumar discretamente
en la biblioteca.
Sofía es la que vigila.
Puedo tener la llave
del pequeño maletero.
Te ves hermosa de rojo.
Te ves hermosa de azul.
Oh tenme cerca
Roberto.
Es hereditario.
Tu esposa fue
mi hermana.
Tu futuro es el presente.

La niña se ha convertido
en una monja.
Demos un paseo en bote.

Sue Wootton

(1961)

Es autora de los libros de poesía *Reloj de arena* (2005), *Sur magnético* (2008) y *Pájaro de luz* (2011). Ha ganado importantes premios de poesía, como el New Zealand International Poetry Award. En 2008 obtuvo la prestigiosa Robert Burns Fellowship en la Universidad de Otago.

Supermercado

No puedo hacer milagros, Antonio. Y no es una parábola.
Aférrate a mis piernas como puedas, cava como si retornaras
–no servirá de nada. Mira, estamos aquí afuera del supermercado.
El viento sopla y nuestra ropa es delgada.
Mira cómo los ricos pueden usar ropa veraniega en un día
como hoy. Sólo caminan entre las sombras por un momento,
sólo lo que dura la moda, todo tan de repente, todo tan deprisa,
porque los espárragos deben comerse frescos, y hay
que encontrar un aguacate perfecto. ¿Conoces el aguacate perfecto,

[Antonio?

Es suave y jugoso, mejor que un panecillo cualquier día, y mejor
para tu corazón.

Con aguacates necesitas jugo de limón y aceite de oliva extra virgen.
Antonio, Antonio, no puedo hacer milagros, mi amor. Hay cereal,
y al menos yo compro leche. Me molestas, Antonio, tu cabeza
en mi estómago así, empujando y empujando. ¿Qué soy?
¿La farola olfateada por un perro? ¿El palo que una cabra embiste?
Antonio, yo soy tu estúpida y podrida madre: mi cabello está desteñido,
mis ojos mal pintados. Te lo digo por última vez,
con los dientes apretados: no puedo hacer milagros.
Algo va a romperse, Antonio. Y no sé cuándo.

Temporada de berenjenas

Yo soy Phil, asesinado en Zimbabwe el 18 de diciembre de 2003

Ésta es la temporada de berenjenas. El maíz
creció más alto que un hombre, y las mazorcas
susurran. Ahueco mis palmas alrededor
de los tomates que han comido sol,
los arranco de raíz, sintiendo cómo su tallo verde
se estremece.
Camino sobre el chapopote derretido, llevando
agrietadas bolsas de cerezas, pensando en Navidad,
para mi madre, los guisantes nevados
de Zimbabwe. Y una llamada después
permanezco en silencio en la noche con las manos vacías,
buscando las palabras para informarle.
Un muerto en la familia.
Un crimen.
Una atrocidad.
Sin sentido,
y el mensaje viene en un tipo de inglés
que no reconocemos: evasivo, denso,
encriptado en dolor y miedo. Palabras
con mordazas, pieles hinchadas, que
beben toda la luz, que no reflejan
rostros.
¿Cómo puede ser todavía verano?
Estamos hundidos en hielo. Toda
esa madurez es ahora angustia.
Cada noche, los satélites parpadean,
y pasan. Relumbran estrellas,
continúan mudas.
La agujereada luna muestra un
nublado velo sobre un ojo,
luego ambos, luego parpadea otra vez.

En el ardor del mediodía corté jitomates
y los rebané, observé el pitorro de jugos.
Frío berenjenas, observo las burbujas.

Mezclo vinagretas, pero no puedo verterlas.
Estoy pasmada, con la jarra rebosante suspendida en el aire.

Desayuno con Raymond Carver

Él dice: ¡por aquí! Dice:
pero tengo que advertirte
que podrían no ser truchas; tal vez podrían ser
pájaros como pequeñas y vacías billeteras marrón en los árboles.

¡Pero qué árboles! Afilados y peludos como la barbilla de un hombre
que se queda echado en la cama todo el día simplemente
[porque está
lloviendo,
su corazón abriéndose, abriéndose, como cuando juegas a destapar
[un paquete de
cigarros,
consumiendo hasta el filtro en sólo tres jaladas.

Mira, digo, camelias: carmesí, con estambres como el peinado
de las esposas recientemente rubias. Pero éstas son
[las flores erróneas.
No hay suficiente nieve, o cocinas, cuidados jardines, o camionetas
con la caja llena de hombres y cervezas y cañas de pescar.
No hay suficiente pescado. No hay suficiente río frío.

Después de la cascada preparé café, y hay una mesa.
No violetas, sino estas magulladas camelias.
Mira a través de la ventana. Mira automóviles
avanzando lentamente y algún tiempo que mejora.
El brazo de un niño y la muñeca de una niña.

Hablamos de vender sofás. Y hablamos del amor, por supuesto.

Glenn Colquhoun

(1964)

Es médico, poeta y autor de libros para niños. Su primer poemario, *The art of walking upright* (1999), fue considerado el Mejor Libro de Poesía en el Premio Montana de Nueva Zelanda en 2000. En 2003, con *Playing God* (2002) ganó el Montana New Zealand Book Award for Poetry and Readers' Choice y en 2006 el New Zealand Booksellers Platinum Award por haber vendido cinco mil ejemplares. En 2004 se hizo merecedor del Glenn Schaeffer Prize in Modern Letters de Nueva Zelanda.

Educación médica

Para Peter Rothwell

En obstetricia aprendí que una mujer se abre con rapidez como la puerta de un elevador. El cuerpo se retuerce como la gente que abandona una oficina en una tarde lluviosa.

En cirugía aprendí que un cuerpo es un animal. El corazón palpita lentamente como un tigre en su jaula.

En medicina aprendí que un cuerpo es el interior de un reloj. Nos encorvamos cuidadosamente sobre pequeñas mesas con instrumentos contundentes.

En geriatría vi que el cuello toma la forma del corazón de una manzana.

En accidente y emergencia aprendí que el cuerpo es un pez. Algunos respiran agitadamente como si hubieran sido atrapados.

En pediatría aprendí que el cuerpo es un pájaro. Dejo pequeños trozos de pan en claros senderos.

En cuidados intensivos descubrí que el cuerpo es un número. El enfermo suda como un colegial estudiando matemáticas antes de un examen.

En radiología vi que el cuerpo es un mapa.

En ortopedia supe que el cuerpo puede romperse. Los huesos se doblan debajo de la piel como si fueran parte de una casa de campaña colapsada.

Por los enfermos supe que el cuerpo es un instrumento. Algunos han tocado la más delicada música.

En anestesia vi gente colgando de delgados tallos como las manzanas maduras.

Pero en la sala de partos aprendí a jurar.

Instrucciones para leer un poema

1. Para empezar levanta el poema cuidadosamente de su papel.
2. Sopesa el poema en la palma de tu mano.
3. No temas al poema.
4. Toca con tus dedos los bordes del poema:
 - a. ¿Es áspero o suave?
 - b. ¿Es pesado o ligero?
5. Arroja el poema al aire. ¿Flota?
6. Pon el poema en tu boca. O bien:
 - a. Pon una pequeña cantidad sobre tu lengua como si fuera una pasta de dientes.
 - b. Introduce el poema entero en tu boca como una rebanada de pastel.
7. Retira la primera y la última palabra del poema. Agítalo fuertemente. Cada palabra debe salirse de su verso.
8. Coloca las palabras en tu boca y saboréalas. Chúpalas. Mastícalas. Haz gárgaras. Oculta las palabras en tus mejillas. Escúpeselas a la gente.
9. Cuando hayas terminado regrésalas a su lugar.
10. Susúrrale al poema.
11. Gritale al poema.
12. Recita el poema en plena luz del día / bajo la luz de la luna / con la luz encendida / con las luces apagadas / en el cuarto de baño / en el jardín / debajo de un árbol.
13. Recita el poema en los días soleados / los días de lluvia / en días tranquilos / en días ventosos / con el estómago vacío / con la boca llena.
14. Pon el poema en bloques y acuéstate debajo. Ponlo a la hora. Envuelve cada palabra en aceite. Lima los números del motor. Repinta el poema.
15. Desayuna sobre el poema. Mánchalo de café.
16. Párate sobre el poema.
17. Riega el poema.
18. Mezcla el poema con la ropa sucia.
19. Lleva el poema en el bolsillo durante una semana.
20. Ahora ya el poema te pertenece.

El indígena Pakeha

No soy el primer hombre que mi mujer amó.
Tampoco el hijo mayor de mis padres.
Mi carro es de segunda mano.
Algunas veces he tenido que usar
las camisas de mi hermano mayor.
Otras, los pantalones de mi padre.
La casa donde vivo no es nueva. Las cortinas me las dio
mi madre. El piso era un árbol.
Las vidrieras una paletada de arena blanca.
No soy la primera persona que piensa
que la luna es una rebanada de queso
o la tierra la panza de un pescado
emergiendo del mar.
Según una viga de cuatro por dos
Wiki estuvo aki antes ke yo.
He leído que la tierra no es plana
y las estrellas redondas,
aunque a mí me parecen cuadradas.
Cuando hablo hablo en griego.
Cuento en babilónico.
Tomé a Dios de algunos misioneros
que lo tomaron de Roma
que lo tomaron de Grecia
que lo tomaron de los judíos.
Los judíos nomás lo azotaron.
No fui el primero en llegar aquí.
Él vino de algún otro lugar.
Yo le compré la tierra a alguien
que a su vez la compró a alguien
que a su vez la compró a alguien
que tal vez la robó.
El sol se levanta en el Este.
El viento viene del Oeste.
Bebo té en China.

El perro de mi vecino aún me ladra.
Creo que es un pastor alemán.
O no pertenezco a nadie
o soy indígena en todas partes.

James Brown

(1966)

Se graduó de los cursos de escritura creativa a cargo del poeta Bill Manhire en la Universidad de Victoria (en Wellington). Ha publicado en diversas revistas y ha sido incluido en antologías de poesía y cuento; tiene varios libros, entre ellos *Go round power please*, que ganó el Jessie Mackay Best First Book of Poetry Award. También es autor de *Lemon*, *Favourite monsters*, *The year of the bicycle* y *Warm auditorium*. Brown ha sido finalista del Montana New Zealand Book Awards en tres ocasiones. En la actualidad está a cargo del taller de poesía del International Institute of Modern Letters de la Universidad de Victoria.

Compañero de casa

Mi compañero de casa es un artista.
Dice que hacer arte se reduce a
estar preparado y concentrado,
de tal modo que uno esté siempre listo
cuando llegue la inspiración.
Reconoce que mucho se trata
de ver criquet
–muy fácil de distraerse
en la lanzada crucial. Aparentemente
sintonizar sólo lo más destacado
no sustituye
ver cada jugada.
Me gusta escucharlo porque
tiene un título en física
o educación física
o algo así.
Es lo que algunos llaman
un cartero sobrecalificado y está
realmente lleno de teorías confusas.
Por ejemplo:
siempre come el desayuno
antes de irse a dormir
para ahorrar tiempo en las mañanas.
Y cree que la entrega del correo
es como un enorme trabajo en progreso
que él y otros carteros
de todo el mundo
están tratando de perfeccionar.
Dice que sólo cruzar nuestra calle
puede ser todo un arte.
“¿Pero cómo sabes” –digo–
“que es arte lo que obtienes?”

Dice que es difícil
de explicárselo a quienes no
son ellos mismos artistas, pero que
es como estar enamorado: sólo se sabe y ya.
“Oh”, digo, es que yo no lo estoy.
Entonces consiente en enseñarme.
Empezamos con los cornflakes.

El precio

La iglesia anglicana local
ofrece las fotocopias más baratas
del barrio
a diez centavos la copia.
Pero por cuarenta arrugadas hojas
te cobran seis dólares.
La apenada administradora
explica cómo son diez centavos para feligreses
y quince centavos para... “otros”.
Bromea nerviosamente sobre si
esto constituye un perjuicio
y dice que tú puedes dar lo que traigas.
Pero tú piensas que la medida es más que justa:
tienes que pagar por tus pecados
y a quince centavos por página
los precios siguen siendo competitivos.

Yo soy de Palmerston North

Lo cierto es que

yo nací en el hospital público de Palmerston North
a las 12:40 am, un primero de abril de 1966.

Mi padre, Timothy John Brown, intentó mover mi fecha
al día 31 de marzo

para poder reclamar un descuento en los impuestos del gobierno.

El siguiente año Los Beatles sacaron Sgt. Pepper's

y los Velvet Underground lanzaron The Velvet Underground y Nico.

Mis iniciales –JSB– son las mismas que las de Johann Sebastian Bach.

Mi padre y mi madre no son originarios de Palmerston North.

Ellos emigraron ahí desde el otro lado del mundo y nunca se fueron,
aun cuando pudieron hacerlo.

El Libro del Año de la preparatoria de hombres de

[la Palmerston North se llama

El Palmerstonian. Pero yo no me veo como un Palmerstonian.

La gente de Gore no se piensa como Gorones.

Yo soy de Palmerston North.

Cuando todavía iba a la preparatoria, el estudiante Craig Wickes jugó 14
minutos

para los All Blacks contra Fiji en 1980. Imaginen

el orgullo y el entusiasmo del pueblo cuando, balón en mano,
se lanzó contra su oponente y lo puso fuera de la jugada.

Una vez le tiró lodo a mi amigo Robert Rieger.

Robert es el hijo de Paul Rieger –por muchos años alcalde

[de Palmerston

North.

Robert fue también muy exitoso

–como sacerdote católico.

1994 fue el año en que Palmerston North cambió su leyenda

de Ciudad Rosa a Ciudad del Conocimiento. No sé si el alcalde Rieger
fue el responsable de esto.

Palmerston North auspicia una escuela de maestros y una universidad,
más la Escuela Universal de Enseñanza, el Colegio Internacional
[del Pacífico

y

el Instituto de Rugby Adidas.

Ciudad del Conocimiento no sería probablemente la idea de nadie.

Palmerston North es la casa espiritual de las carreras de autos
en Nueva Zelanda.

El equipo local, Las Panteras de Palmerston North, ha ganado 9 de
los 21 títulos

desde que la Liga fue fundada en 1981.

Mucha gente famosa es de Palmerston North.

A Alan Gregg, bajista de su popular banda The Mutton Birds,

le preguntaron una vez que si tenía raíces en el jazz.

Él contestó que él tenía raíces en Palmerston North.

Yo he querido usar varias veces esta misma broma,

y la semana pasada tuve la oportunidad cuando alguien me preguntó
de dónde yo creía que era.

Soy de Palmerston North. Somos gente modesta,

pero estamos rabiosamente orgullosos de nuestra bulliciosa

y emprendedora ciudad enclavada en el corazón de Manawatu Plains.

En las películas de ciencia ficción, la gente normalmente regresa

[en el tiempo

para tratar de cambiar la historia. Esto es imposible.

[Tú no puedes cambiar el

pasado.

Y a nadie en Palmerston North le gustaría.

Tusiata Avia

(1966)

Nació en Christchurch, es descendiente de samoanos, desde donde se alza también su poesía. Es autora de *Wild dogs under my skirt* (2004) y *Bloodclot* (2009). También ha escrito para niños, en *Mele and the Fofo* (2004) y *The song* (2002). En 2005 ganó la Fulbright-Creative New Zealand Pacific Writer's Residency de la Universidad de Hawái y en 2006 fue finalista del Prize in Modern Letters. En 2013 se hizo acreedora del prestigioso Janet Frame Literary Trust Award, lo que le dio consolidación a su carrera literaria y la convirtió en una de las poetas más importantes de Nueva Zelanda.

Perros salvajes bajo mi falda

Quiero tatuarme las piernas.

No en azul o en verde,
sino en negro.

Quiero sentarme frente al tatuador
y saber que me hace sufrir.

Quiero que saque su formón
y su martillo

y me pique los muslos
de una punta a la otra
como si caminara alrededor del mundo
como si remara a través de todo el Pacífico
en un tronco

sabiendo que una vez zarpando
subidos los perros a bordo
y ya no hay vuelta atrás, Bingo.

Quiero mis piernas tan filosas como colmillos de perros
los perros salvajes

los perros samoanos
esos sarnosos que muerden a los extraños.

Quiero mis piernas como pulpos
negros pulpos
que atrapan ratas y se las comen.

Quiero incluso mis piernas como ciempiés
esos negros
que pican y se te hincha por semanas.

Y cuando todo termine
quiero que el tatuador
se siente detrás de mí y sepa que
no son tuyas
que nunca lo fueron
quiero amedrentar a mis amantes
dejarlos que se sienten frente a mí
y silbar a través de sus dientes.

No puedo escribir un poema sobre Gaza

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque no puedo comerme un desierto completo.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque no puedo irme a la cama con los pequeños bebés tiesos y los cuerpos de los niños, no hay espacio para los más pequeños miembros perdidos, los brazos desmembrados arrancados como en un hospital de muñecas.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque si alzo la voz por los cuerpos de los bebés, por los niños desmembrados, por las mujeres que se sacan sus propios ojos, me llamarás antisemita y entonces tendré que consentir la sangre de miles para que me absuelvan.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque mi furia y mi dolor se levantarán de mi pecho como un misil apuntado desde una computadora en Tel Aviv, que me va a seguir, me va a localizar y en un arco perfecto, bajará gimiendo del cielo herido, se introducirá en mi cabeza y me explotará dentro.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque Israel tiene derecho de protegerse, porque Israel tiene derecho de protegerse.

Y Gaza no.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque detrás de cada escudo humano está otro escudo humano y otro escudo humano y otro escudo humano y otro escudo humano y otro escudo humano. Y detrás de ese escudo humano –está un ser humano.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque es complicado, muy complicado, muy muy complicado. Por lo tanto, no puedo escribir un poema sobre Gaza hasta que termine un doctorado en política de Oriente Medio y del holocausto, hasta que renazca judía y viva yo misma bajo la cúpula de hierro.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque Tamar en Tel Aviv tiene que llegar al supermercado y la floristería antes de la próxima sirena. Ella está poniendo plantas en su refugio antibombas y los juguetes y las golosinas favoritas de los niños para evitar que sufran tanto.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque Fátima en la ciudad de Gaza tiene 58 segundos para evacuar su casa con sus bebés antes de los ataques con misiles y la única salida es el mar. Ella ha visto las imágenes en la televisión de bebés que lanzan a las piscinas y que nadan como pueden.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque hay una cúpula de hierro impenetrable que cubre todo el estado. Cubre cada corazón y cada mente, a excepción de los pocos que se alinean y piden que se encarcelen.

No puedo escribir un poema sobre Gaza por mis amigos: Tamar, Shira, Yael, Michal, Noya, David, Yair en Tel Aviv y Nazaret y Beersheva. Porque cada vez que apunto a la sangre fresca los molesto, los ofendo, los hago enojar, los traiciono. Que se vayan.

No puedo escribir un poema sobre Gaza debido a mi amigo Ibrahim y sus 3 hijas y una sobrina bombardeadas con los pedazos de carne regados por toda la sala.

No puedo escribir un poema sobre Gaza porque puedo sacar las cuentas. Si dividir dos mil ciento sesenta y ocho palestinos muertos entre sesenta y nueve israelíes muertos es lo mismo, entonces encuentra el verdadero valor de un palestino.

Cuerpo

Mi cuerpo no es una disculpa
no es un escondite
No es una fortaleza arreglada y artística
Mi cuerpo no es una piscina de agua insípida
Mi cuerpo no está clausurado
no se puede imaginar con otra forma o textura
no para ti, querido.
Mi cuerpo es una cascada de carne
Mi cuerpo es una manada de animales, gordos y gimiendo en
[el festín de la
matanza
es la celebración invadiendo el rostro de los hambrientos
es abundancia y más abundancia
es tuétano y jalea y grasa chisporroteante goteando constante
[sobre la hoguera.
Mi cuerpo es un bautismo, un confesionario
Mi cuerpo es la promesa de cien mil soldados vírgenes
Mi cuerpo es la guerra que estremece la tierra
Mi cuerpo es el shalom y el salaam
Mi cuerpo es la madre asesinada de súbito en la calle
Mi cuerpo es la madre muriendo lentamente
Mi cuerpo es el niño asustado al que convencieron de salir de
[debajo del cuerpo de
su madre caída
con la promesa de la miel.
Mi cuerpo es la miel ahogando a los ciegos, los cojos, los sordos,
[los mudos

Mi cuerpo es un hospital
Mi cuerpo es un orfanato
Mi cuerpo es cien helados enfilados como los padres
Mi cuerpo es el alofa y la aroha
Mi cuerpo es el Sinaí, el Mar Rojo, Hawái
Mi cuerpo es una habitación llena de ancestros lanzados a través del
pecho [agujero de mi
Hine-nui-te-po, Pelé, Nafanua, Isis, Afrodita
sus brazos y piernas y el pelo caliente y húmedo y enmarañado
[cuando se marchan
Mi cuerpo es la distancia entre nuestros huesos, querido.
Mi cuerpo pierde la cabeza y sus modales
Mi cuerpo está temblando, resbaladizo y enrojecido, como
[un recién nacido
Mi cuerpo es tu madre
Mi cuerpo es tu medicina
Mi cuerpo es la partera apresurando tu propio nacimiento
jalándote desde el interior de tu mismo vientre
Mi cuerpo es el Corán, la Torá
Mi cuerpo es Cristo
Mi cuerpo es la profetisa, la diosa samoana de la guerra
Mi cuerpo deja el infierno y navega los océanos
Mi cuerpo está mojado por el viaje y asusta a los que corren
[a encontrarme
Mi cuerpo sabe sólo de sí mismo
que es todo el mundo
y el cielo y la luna
y los planetas girando
Mi cuerpo los atrapa a todos con su red de piel
Mi cuerpo es la morada de mi cuerpo y habita en la tierra
[entre nosotros.

Emma Neale

(1969)

Es autora de los libros de poesía *Cómo hacer un millón* (2002), *Destello* (2008), *El jardín verdadero* (2012). Ganó en 2011 el Premio de Poesía Kathleen Grattan y en 2012 fue Roberts Burns Fellow de la Universidad de Otago, en poesía.

Las Antípodas

La luz viaja a 186 000 millas por segundo.
Envidio a la luz que viaja a 186 000 millas por segundo;
cada mañana silenciosamente, tranquilamente,
de tan lejanas distancias
llega para descansar, en no más que un dedo de ancho,
en las desnudas hondonadas que existen
entre cada una de tus vértebras.

Prendedor

De pronto me doy cuenta que mi padre le ha dado
a su estudiante favorita de medicina, de dieciocho años,
un broche de plata
en la forma de un aeroplano
y un cheque para dos noches de hospedaje
en Las Vegas
acompañado de una carta que, de su puño y letra, dice:
“Deseo que te vaya bien en tu vida pública,
deseo apoyarte en tu primer vuelo desde casa,
creo que este cheque es generoso”,
y miro su mano, sorprendentemente delgada,
el ligero encorvamiento de sus hombros,
su inexpresiva sonrisa,

y me pregunto por qué yo nunca conocí a esta mujer
con el pelo del color del tabaco,
la voz suave como los mocasines,
la piel del color de las magnolias tardías,
su ropa del azul que dejan las sombras del invierno
sobre la tierra.
y por qué ahora despierto de este sueño
con la creencia de que el sonido del llanto
debe venir de la habitación vacía
del pasillo de abajo.

Poema

Aquí: algo cantó, una sola voz que se
sostiene contra la noche; un zarcillo de humo
de una hoguera, prueba que la esperanza insiste
en esta hostil cordillera, debajo de la ráfaga
de estrellas que temen la noche
pero todavía no pueden ponerlas sobre sus rodillas.

Tu pequeña voz importa:

y es tuya, digo.
Cómo respondería con los años
a su tono y su lamento
y si yo pudiera
desde el duro, transparente más allá
–continuar, amor. Tú eres
la vida.

Richard Reeve

(1976)

Nació y creció en Dunedin. Su tesis doctoral es un extenso análisis sobre la poesía neozelandesa del siglo XX. Es cofundador y coeditor de la revista literaria *Glottis: New Writing* y trabajó para el área de publicaciones de la Universidad de Otago. Es autor de *Dialectic of mud* (2001), *The life and the dark* (2004), *In continents* (2008), *The among* (2008) y *Generation kitchen* (2015). *The life and the dark* fue considerado “Libro del Año” por la revista *Listener* en 2004.

Araña

Una pequeña masa de sombra
en la pared del desván, que
apareció simplemente allí una noche.
Incapaz de llegar,
de escurrirse tímidamente
desde su guarida debajo del sofá,
se amarró
al atracadero de mi pensamiento,
como el Pacífico.
Su presencia me sobresaltó.
Un miedo inconfesable
a esas largas piernas –que ya invadían
el borde de mi almohada–
me expulsó de las paredes.
Me acosté en el suelo
admirando su simetría
–elegante, exótica,
como un paraguas antiguo–.
Entonces le di un zapatazo.
Pero sobrevivió.
Reducida a una mancha
oscura en la esquina del techo,
se había disuelto.
La hendidura que dejó
parecía descarada, obtusa:
no me gustó nada.
Aquellas patas peludas golpearon
repetidamente mi imaginación
hasta hacerme creer que yo existía–
fabricante de sombras
brillando y girando adentro
de mi propio agujero negro.

Canto

El poeta ha perdido su voz;
la ha perdido sin opción.
Ni el viento, ni el martillo ni la nieve,
sólo su voz: adiós.
Así, repiqueteando en la cartuja
del pueblo con una bruja,
el poeta, ya enronquecido,
perdió el camino;
su mirada rota de viejos himnos.

Se convirtió en otro hombre
farfullando en la hecatombe
de profesiones, ciudades,
cambiando sus insultos diarios
por encargos fiduciarios.
Los rugidos que podría arrojar
ahora suavizados en galleta están.
Endeble salud con su mujer,
el celular al anochecer.

La Reina Muerte lo restaurará.
El poeta, preocupada la noche
del camino extraviado, las palabras
ya no pueden ignorarlo.
Primero defectuosa, luego inhóspitamente,
una noche de pájaros llorando,
la Reina Muerte, en un capricho,
le regresa el canto.

Elegía

En la eternidad del gato, hay muchas mansiones. Abre de par en par tu puerta a la candidata de la alfombra, la ansiosa Señorita Boca. Ella
[es toda
oídos, golpeando espinillas con la frente, velocísima, o manoseando un estómago con poco tacto, en contacto con sus propias glándulas. Hay estados de ánimo, suplicante leche agria fuera del vaso sus ojos podrían ser; humor que asesina pájaros; a menudo hay poca
[dulzura allí,
Pero he oído también su ronroneo de la esfinge, leona al pie de la cama. Y en un oído soñador, su lengua repugnante al
[sueño. Despierta
a esa flor de piel,
la respiración otra vez, y en la amistad ridícula arremete como el viento a través de un cepillo de dientes. A lo lejos, podría yo hablar en su cuerpo arrugado; ella está allí, generalmente, si no aquí en el catnip de medianoche, en otra parte, de otra manera. Hay muchas mansiones, dormitorios, armarios, cobertizos de lavandería en la eternidad gato.

Ganarse la vida

Si vivimos o morimos, no importa.

Vivimos y morimos. Morimos sin vivir.

Todo esto era posible, pero lo ignoramos.

Nuestras vidas solitarias escapan a casa en la oscuridad.

Índice

Prólogo	7
Mary Úrsula Bethell (1874-1945)	15
Recompensa	17
Frescura	18
Respuesta	19
Katherine Mansfield (1888-1923)	21
Enfermo	23
Para L. H. B.	24
El hombre con la pierna de palo	25
Allen Curnow (1911-2001)	27
Hierro salvaje	29
Casa y tierra	30
Tiempo	32
Hone Tuwhare (1922-2008)	33
Amigo	35
Pensamiento en torno a un proverbio sufí	37
Lluvia	38

Lauris Edmond (1924-2000)	39
En la comisaría	41
La silla	42
En el camino a Te Awamutu	43
Janet Frame (1924-2004)	45
Desempleo	47
Recuerdos, otra vez	48
Lluvia sobre el tejado	49
James K. Baxter (1926-1972)	51
Aquí	53
La bahía	54
Mi amor camina	55
C. K. Stead (1932)	57
Estas flores blancas	59
Ausencia	60
Un don natural	61
Fleur Adcock (1934)	63
Incidente	65
Un árbol de rosas	66
Paletas	67
Esa mariposa	68
Michael Harlow (1937)	69
Cucharas	71
¡Qué maravilla!	72
Todo sobre el mundo	73

Vincent O'Sullivan (1937)	75
Un poema de amor	77
Ventana	78
Hojas	79
Michael Jackson (1940)	81
A mi hija	83
La muerte de Sócrates	84
Genealogía de mis poemas	85
Peter Olds (1944)	87
Mapas y gente	89
Las casas derruidas	90
Y sé que en la mañana lloverá	92
Brian Turner (1944)	93
Libertad	95
Viento	96
Cielo	97
Puerco	98
Ian Wedde (1946)	99
A mi hermano gemelo	101
A mi espejo	102
Epístola a John Dickson	104
Bill Manhire (1946)	107
Hijos	109
Aborto	110
La distancia entre los cuerpos	111
Sobre la originalidad	112

Sam Hunt (1946)	113
Mi padre hoy	115
Mi padre segundo	116
Sara	117
Cilla McQueen (1949)	119
Joanna (1)	121
Arenques	122
Dote de belleza la verdad	123
Roger Hickin (1951)	125
Según Machado	127
Después de la fiebre del oro	128
Ars poética en un Mal Día	129
El consejo de Braque	130
Los sobrevivientes	131
David Howard (1959)	133
Querido papá	135
Teoría de los escarabajos	136
Concierto	137
Jenny Bornholdt (1960)	139
Vida interior	141
Entonces llegó Murray	142
Las películas	144
Sue Wootton (1961)	147
Supermercado	149
Temporada de berenjenas	150
Desayuno con Raymond Carver	152

Glenn Colquhoun (1964)	153
Educación médica	155
Instrucciones para leer un poema	156
El indígena Pakeha	157
James Brown (1966)	159
Compañero de casa	161
El precio	163
Yo soy de Palmerston North	164
Tusiata Avia (1966)	167
Perros salvajes bajo mi falda	169
No puedo escribir un poema sobre Gaza	170
Cuerpo	172
Emma Neale (1969)	175
Las Antípodas	177
Prendedor	178
Poema	179
Richard Reeve (1976)	181
Araña	183
Canto	184
Elegía	185
Ganarse la vida	186

ISLA AL SÍ. Antología de poesía neozelandesa, de Rogelio Guedea (antologador), se terminó de imprimir y encuadernar en 2019, en los talleres gráficos de Innovación en Etiquetas y Revistas de Toluca S. A. de C. V., ubicados en Lago Michigan núm. 103, colonia El Seminario, tercera sección, C. P. 50170, en Toluca, Estado de México. En su composición se utilizaron tipos de la familia ITC Usherwood Std. El papel de los interiores es bond eucalipto de alta blancura de 105 g.

El tiro consta de mil ejemplares.

Editora responsable: María Trinidad Monroy Vilchis
Corrección de estilo: Édgar Valencia Hornilla
Diseño gráfico: Helí López Sandoval